



Capítulo 1: Atacan al Imperio

En el glorioso y oxidado año 2478 el mundo no es más que un reflejo distorsionado de lo que alguna vez fue. No es un futuro brillante. Es un caos de neón y metal oxidado, un mundo donde el tiempo avanzó, pero la civilización colapsó en un torbellino de guerras, hambruna y tecnología olvidada.

El mundo es una cicatriz, un lugar donde lo antiguo y lo futurista se mezclan en una danza grotesca de luces y estructuras derrumbadas.

Los humanos sobrevivieron, pero no sin consecuencias. Los imperios que gobiernan ahora son feudos de poderosos caudillos, líderes paranoicos que se aferran a la poca tecnología que queda, dominando a la gente con una mezcla de superstición y brutalidad.

Y en el centro de este espectáculo de luces de neón y ruinas humeantes, sentado en su trono con la dignidad de un gato callejero sobre una pila de basura particularmente cómoda,

estaba Rey Zero, autoproclamado Emperador Supremo de lo que fuera que aún quedaba en pie.

—¡Ah, miren esto! ¡Explosiones! ¡Pánico! ¡Gente corriendo en círculos! —exclamó Zero con una sonrisa encantada, observando la ciudad en llamas desde la terraza de su palacio—. ¡Parece un viernes por la noche en los viejos tiempos!

El palacio era una catedral de excesos retro-futuristas: columnas de titanio cromado, hologramas defectuosos de héroes pasados, y una silla de mando con más botones inútiles de los que alguien pudiera jamás necesitar. A su alrededor, su séquito de consejeros lo miraba con la mezcla perfecta de horror, incredulidad y agotamiento. Afuera las torres en llamas.

—¡Ja! ¿Ven? ¡Era justo lo que necesitábamos! Un poquito de emoción para despertar el espíritu guerrero de nuestra gente. —Zero sonrió, dándose media vuelta con su capa ondeando dramáticamente.

El Salón del Trono estaba repleto de sus consejeros, cada uno con su propia manera de lidiar con el caos:

Krieg, consejero de seguridad interna. Oficialmente, su rol era garantizar el orden dentro del imperio, pero su debilidad por los negocios turbios y las "donaciones" de empresarios lo hacían un maestro en jugar para ambos bandos. A pesar de todo, tenía una visión pragmática y sabía que, sin control, cualquier imperio se derrumba. Vestía un abrigo de cuero reforzado, con docenas de bolsillos donde siempre tenía "recursos estratégicos".

Von Richter, consejero de seguridad externa. Alto, imponente, con una armadura negra impecable y una mirada que parecía perforar el alma. Cada movimiento suyo era medido, calculado. No decía más de lo necesario, porque su sola presencia imponía respeto.

Babyface, consejero de economía. Pálido, relleno, vestido con telas finas que contrastaban con su expresión perpetua de angustia. Hijo de una familia noble, su talento no estaba en la estrategia, sino en encontrar la manera de esconderse cuando las cosas se ponían feas.

Drexler, consejero de relaciones internacionales. El más cercano a la edad de Zero, se notaba que ya pasó su verano pero aún no estaba en su invierno, de rostro afilado y movimientos inquietos, como si siempre estuviera a punto de huir. Vestía túnicas elegantes, pero algo gastadas, y su forma de hablar era una mezcla de súplica y excusa.

Doktor Hexenlicht, asesor de magia. Un anciano envuelto en una túnica negra con runas doradas, con una barba larga y ojos brillantes de fanatismo puro. Para él, Zero era una especie de figura mística, un elegido. Aunque nadie entendía bien por qué.

Todos lo miraban con el mismo gesto: horror, incredulidad, y un poquito de desesperación.

—Majestad, el enemigo ha roto la segunda barrera defensiva —informó Von Richter con su tono imperturbable.

Zero se sentó en su trono con una sonrisa despreocupada.

—Pues mándales más soldados.

Krieg frunció el ceño.

—Ese es el problema. Cada vez tenemos menos.

Zero chasqueó la lengua.

—¿Y los jóvenes?

El silencio que cayó en la sala fue pesado. Drexler parpadeó, Babyface casi se atragantó, y Krieg bajó la mirada.

—¿Los jóvenes... majestad?

Zero se levantó de un salto, extendiendo los brazos con entusiasmo.

—¡Claro! ¡Los jóvenes! ¡Sangre fresca! ¡Fuerza nueva! ¡Energía inagotable! ¡Es hora de que la próxima generación se gane su lugar en la historia!

—¡Eso es una locura! —Von Richter golpeó la mesa.

—¿Locura? ¡Es sacrificio! —Zero puso una mano sobre su pecho—. ¿Qué mejor honor que dar la vida por su imperio?

Las protestas crecieron, pero Zero, como buen demagogo, levantó la voz con teatralidad.

—¡Oídmme, mi gente! —Se giró hacia una cámara holográfica, que transmitía en vivo a la ciudad—. ¡Hoy, nuestro enemigo cree que somos débiles, que tememos el combate! ¡Pero se equivocan! ¡Porque en este imperio, la juventud no es un peso muerto! ¡No! ¡Es el motor de nuestro futuro! ¡Y nuestros jóvenes guerreros demostrarán que su espíritu arde más brillante que cualquier fuego enemigo!

Afuera, la desesperación y el pánico dieron paso a una ovación forzada. Los soldados más veteranos intercambiaban miradas de horror, pero los más jóvenes, adoctrinados por años de discursos nacionalistas, alzaron los puños y gritaron con fervor.

Zero se giró hacia sus consejeros con una sonrisa.

—¿Ven? ¡Problema resuelto!

Von Richter cerró los puños con rabia contenida.

—Has condenado a cientos a una muerte segura.

—O a la gloria. Depende de cómo lo mires o cómo los líderes en la Batalla, amigo.

—Estamos jodidos —murmuró Babyface.

—Nah, solo estamos en una situación... interesante.

Von Richter miró la pantalla. La ciudad ardía. El enemigo avanzaba. Sus propias tropas estaban desorganizadas. No había estrategia. No había esperanza.

—Esto no es liderazgo —solto Drexler, con un hilo de voz—. Es una locura.

Zero se rió.

El murmullo de la sala creció, una mezcla de tensión contenida y resignación.

Zero se detuvo en seco. Su sonrisa desapareció, su expresión se tornó en una mueca de absoluto desprecio. Giró la cabeza lentamente, como un depredador que acaba de escuchar a su presa hacer un ruido estúpido.

—¿Cómo dijiste? —preguntó, con un tono peligrosamente tranquilo.

Drexler tragó saliva. Intentó corregirse, levantar las manos en un gesto de paz, pero ya era tarde.

Zero se lanzó sobre él como un rayo, sus dedos cerrándose alrededor del cuello del consejero de relaciones internacionales.

—¡¿UNA LOCURA?! —bramó, sacudiéndolo como si fuera un muñeco de trapo.

Drexler pataleó, su rostro pasó de pálido a rojo en cuestión de segundos.

—¡Majestad, suéltelo! —intentó intervenir Krieg, pero Zero lo ignoró completamente.

Los ojos del rey chispeaban con furia y algo más... puro entretenimiento.

—¿Así que soy una locura, eh? ¡¿EH?! ¡¿EH, DREXLER?! —Zero lo sacudió un par de veces más antes de aflojar su agarre lo justo para que el consejero pudiera tomar aire con un jadeo desesperado.

Los demás consejeros se removían incómodos. No era la primera vez que Zero hacía esto. En cualquier otra situación, Drexler ya estaría muerto... pero Zero disfrutaba demasiado humillarlo para deshacerse de él tan rápido.

Zero ladeó la cabeza, fingiendo reflexión.

—Mmm... tal vez tengas razón. Tal vez todo esto es una locura. Tal vez yo no soy un gran líder.

Drexler intentó asentir, pero Zero volvió a apretar.

—¡PERO QUIERO VERTE DECIRLO AHORA!

Drexler agitó las manos frenéticamente en señal de rendición. Su boca se abría y cerraba como la de un pez fuera del agua.

—Drexler, Drexler... la vida es una locura. Yo solo me aseguro de que tenga buenos efectos especiales.

Zero lo soltó de golpe, dejándolo caer al suelo como un saco de chatarra. Drexler tosió, recuperando el aliento entre temblores.

—¿Sabes cuál es tu problema, Drexler? —Zero se giró, ajustando su capa con una elegancia innecesaria y regresando a su trono—. Tu tono. Siempre tan... tan escurridizo, tan desesperado. Me pone de los nervios, ¿sabés?

—Yo... solo... decía... —Drexler intentó justificarse, su voz rasposa después del ahorcamiento.

—¡No, no, no! ¡Cállate! —Zero alzó un dedo—. No quiero oír tu voz ahora. Me pone de mal humor.

Zero suspiró y se giró a los demás consejeros.

—A ver, ¿en qué estábamos? ¡Ah, sí! Mandar a la juventud a la guerra.

Von Richter se cruzó de brazos, su mirada acerada fija en Zero.

—Esto no va a acabar bien.

Zero sonrió de oreja a oreja.

—Tranquilo, Von Richter. Siempre hay un plan B.

Los gritos del combate en el exterior aumentaban. La verdadera guerra apenas estaba comenzando.

Drexler seguía en el suelo, llevándose la mano al cuello con respiraciones entrecortadas. Su dignidad estaba tan golpeada como su tráquea. El silencio en la sala era denso, solo interrumpido por el sonido distante de explosiones y gritos de guerra en las afueras del palacio.

Zero, aún acomodado en su trono con un aire de satisfacción, chasqueó los dedos.

—¡Ah, casi me olvido! Tengo una tarea importante para vos, mi querido Drexler.

Drexler se quedó inmóvil, como si su vida dependiera de ello. Zero se inclinó un poco hacia adelante, con una sonrisa de tiburón.

—Escuchame bien, genio. Quiero que vayas y gestiones con las demás aldeas para que apoyen a nuestro hermoso imperio. No quiero que solo reconozcan que estamos aquí, quiero que me declaren el Gran Líder Planetario.

Las miradas en la sala se tensaron. Krieg intentó disimular su incomodidad. Katja se cruzó de brazos, mirando hacia otro lado como si estuviera esperando el desastre.

Drexler parpadeó, sin poder creer lo que acababa de escuchar.

—M-majestad... usted quiere que yo...

—¡Sí, sí, exacto! —Zero chasqueó los dedos—. Vas a ir a hablar con esos pueblerinos ignorantes y los vas a convencer de que yo soy su única esperanza, su salvador, su sol y sus estrellas, la respuesta a sus oraciones, el alfa y el omega de este maldito planeta!

Drexler sintió un sudor frío recorrer su espalda.

—Pero, Majestad... esas aldeas odian el imperio. Muchas ya intentaron rebelarse.

—¡AH! ¿Ves? ¡Ya empezás con esa actitud pesimista! —Zero se puso de pie con un salto—. ¡Tenés que aprender a vender la idea! ¡Vos deciles que estoy de su lado contra la oscuridad, contra los bárbaros y la muerte! Que soy el líder que siempre soñaron, solo que no se habían dado cuenta!

Krieg se pasó una mano por la cara.

—Majestad... eso no va a funcionar.

Zero lo ignoró.

—Y otra cosita, Drexler. Quiero un informe semanal sobre cómo va mi nombramiento. Quiero saber qué tan cerca estoy de ser reconocido oficialmente como el Gran Líder Planetario.

Drexler abrió la boca, pero se detuvo. Sabía que no tenía salida.

—Entendido, Majestad...

Zero sonrió con autosuficiencia y le hizo un gesto con la mano.

—¡Bien! Entonces, salí a cumplir tu gran misión. Yo me quedo acá, salvando al imperio como siempre.

Drexler se puso de pie con dificultad, limpiándose el polvo de su túnica. Miró a los otros consejeros en busca de apoyo, pero nadie quería quedar en la mira de Zero.

Zero volvió a acomodarse en su trono, cruzando las piernas con aire despreocupado.

Zero cerró los ojos. El eco de las explosiones aún resonaba en la sala del trono, pero por un instante, el ruido se desvaneció. En su mente, la guerra se disipó, y los neones titilantes del presente fueron reemplazados por luces de una ciudad vieja, un mundo que ya no existía.

Antes de ser Rey Zero, antes de ser un líder lunático, fue solo Ciro Rodríguez.

Todo comenzó con una vibración en el 2025 en Alemania.

Ciro Rodríguez ajustaba un panel en la base de una cápsula criogénica, tarareando una cumbia vieja.

—¡Ciro, idiota, apurate! —le gritó Edis, su amigo bosnio, desde otro lado.

—¡Para! ¡Uno no puede ni deprimirse tranquilo! —resopló Ciro, acercándose con las manos en los bolsillos.

—¿Qué te pasó ahora? —preguntó Hussein, un sirio con barba desprolija que lo miraba con media sonrisa.

—¿Sabés lo que es que te corten internet en el departamento? ¡Estoy aislado del mundo, hermano!

Los otros se rieron.

—Dios, Ciro, un ataque nuclear sería menos dramático que vos sin WiFi.

Nadie sabía lo irónica que sería esa frase.

Cuando sintió que el suelo temblaba. Levantó la vista, confundido.

—¿Otra vez pruebas sísmicas? —preguntó en voz alta, dirigiéndose a nadie en particular.

A su alrededor, el hangar de la fábrica seguía con su rutina normal. Técnicos y operarios iban y venían, verificando los sistemas de las cápsulas que se vendían a ricos paranoicos a enfermedades sin tratamientos para curarlo en el presente.

Hussein, su compañero sirio, le lanzó una llave inglesa desde el otro extremo del taller.

—¡Tal vez es un ataque de ansiedad de tu jefe!

Edis, el bosnio, se rió.

—O capaz se cayó otro satélite y nos va a dejar sin internet otra vez.

Ciro bufó y volvió a enfocarse en su trabajo. Pero entonces, sonaron las sirenas.

Primero, solo un zumbido lejano. Luego, un rugido ensordecedor.

Las luces de emergencia parpadearon. Los altavoces se activaron con un mensaje automático:

—¡Evacuación inmediata! ¡Todos a los refugios! ¡Europa está bajo ataque!

Se congeló. No puede ser.

Un estruendo sacudió el edificio. Las ventanas explotaron en mil pedazos.

—¡Mierda! ¡Nos están bombardeando! —gritó Hussein.

El caos estalló.

Técnicos y operarios corrieron en todas direcciones. El techo crujió. Partes de la estructura comenzaron a derrumbarse. El aire se llenó de polvo y gritos.

Ciro se cubrió la cabeza y corrió sin pensar.

Pasó junto a Edis, que forcejeaba con una puerta atascada. Hussein tropezó y cayó al suelo.

—¡Vamos, hermano! ¡Levántate!

Pero otro temblor los lanzó al piso. Una explosión iluminó la fábrica.

Ciro toseó, cegado por el polvo y el fuego. Había cuerpos en el suelo.

—¡No! ¡No! ¡No!

Corrió. Tenía que encontrar un refugio.

Un pasillo colapsó detrás de él. Un tanque de gas explotó, enviando llamas a través del hangar.

Y entonces vio la cápsula.

Abierta. Operativa.

Sin pensarlo, se lanzó dentro y golpeó desesperado los controles.

La puerta se cerró con un siseo. Frío. Oscuridad. Silencio.

El último sonido que escuchó fue un estruendo lejano. El mundo estallando en pedazos.

Zero abrió los ojos.

Volvió a la realidad. A su trono.

La batalla rugía más allá de las murallas de su palacio. Explosiones iluminaban el cielo púrpura neón.

Pero él no tenía miedo.

Se puso de pie, abriendo los brazos. Su capa dorada ondeó detrás de él.

—¡Gente de mi imperio! ¡Es hora de escribir la historia!

Los consejeros se removieron incómodos. Krieg bajó la mirada. Katja suspiró. Drexler lo observó con desprecio oculto.

Pero Zero ignoró todo. Se subió sobre su trono y extendió las manos.

—¡Miren nuestro glorioso reino! ¡Miren lo que hemos construido en estos años de grandeza! ¡Un imperio nacido de la voluntad de hierro de su líder!

Silencio.

Zero sonrió. Dramático. Teatral. Exagerado.

—¡Y ahora nos atacan! ¡Nos envidian! ¡Nos temen! Porque somos fuertes, porque somos los mejores, porque somos... inmortales!

Alzó la voz.

—¡Nadie podrá contra nosotros! ¡Cada uno de ustedes es un guerrero, un héroe, un titán! ¡Y juntos, aplastaremos a nuestros enemigos!

Algunos aplaudieron. Otros gritaron su nombre. No importaba si le creían. Solo importaba que lo escucharan.

Zero levantó el puño al cielo.

—¡Por la gloria de mi imperio! ¡Por la eternidad de su rey!

Y entre el rugido de la multitud, cerró los ojos y sonrió.

Había nacido para esto.

Capítulo 2: Recuerdos de un Idiota

Ciro despertó sintiéndose como si le hubieran metido la cabeza en un microondas y la hubieran dejado girando durante siglos.

El polvo le quemaba la garganta. Ciro tosió, parpadeando para despejarse la vista, pero lo único que logró fue sentir la arenilla pegada a sus pestañas. Estaba acostado sobre una plancha metálica fría dentro de su cápsula que se había abierto al caerse, cubierta de cables sueltos y pantallas destrozadas que chisporroteaban con los últimos suspiros de una tecnología obsoleta.

El laboratorio a su alrededor era un desastre de cables colgando como lianas, monitores viejos parpadeando con errores en lenguajes olvidados y escombros metálicos cubiertos de polvo. Había cápsulas de contención abiertas y tanques de líquido estancado que olían a muerte y tiempo perdido.

Se sentó, sintiendo que su ropa estaba hecha un desastre. Miró sus manos. Las mismas de siempre. Nada de músculos de superhéroe. Nada de implantes futuristas. Solo él, Ciro... o lo que quedaba de él.

—¿Hola? —su voz rebotó entre las ruinas—. ¿Alguien puede explicarme qué mierda está pasando?

Silencio.

Tomó aire. Lo primero era salir de ahí.

Se puso de pie con dificultad. Sus piernas se sentían entumecidas, como si hubieran estado años sin moverse. Tropezó con cables sueltos y llegó a lo que quedaba de una puerta automática. Empujó. No se abrió.

—Por supuesto.

Con un gruñido, le dio una patada. Un crujido de metal oxidado y la puerta se desplomó con un estrépito.

Los pasillos estaban en ruinas. Paredes de acero con grietas por donde asomaban raíces como venas cancerosas. Hologramas distorsionados titilaban en el aire, proyectando fragmentos de textos sin sentido. Viejos brazos robóticos colgaban inertes del techo, como cadáveres mecánicos.

"¿Dónde carajos estoy?" pensó Ciro, forzándose a incorporarse.

Entonces lo vio: una puerta de metal oxidada, entreabierta. Más allá de ella, un mundo desconocido esperándolo.

Con paso torpe y piernas temblorosas, se abrió camino hasta la salida.

El aire era denso, con un olor metálico y ozono quemado. El cielo estaba teñido de un púrpura artificial, cruzado por destellos eléctricos que recorrían las nubes como serpientes luminosas.

Las ruinas de la civilización antigua se extendían hasta donde alcanzaba la vista: rascacielos derrumbados, convertidos en montañas de escombros y neón roto. Gigantescos monolitos flotaban en el horizonte, sostenidos por una magia antinatural, mientras naves oxidadas colgaban de cables enredados como insectos atrapados en telarañas.

El pavimento estaba destrozado y, entre los restos de la vieja sociedad, se alzaban estructuras improvisadas hechas de chatarra y huesos de bestias. Todo parecía un collage de tecnología avanzada y barbarie medieval.



Ciro avanzó, intentando ignorar el retorcido panorama de caos y luces parpadeantes. En su mente, solo había una pregunta:

"¿Cómo carajo pasó esto?"

Tras horas de caminata, encontró señales de vida. Antorchas resplandecían en la lejanía, iluminando un asentamiento cercado por enormes placas de metal soldadas entre sí.

Una aldea en medio de la devastación enclavada entre ruinas de acero y piedra. Pequeñas casas con una fusión de pasado y futuro: estructuras medievales remendadas con placas metálicas y circuitos resplandecientes formaban un círculo alrededor de una torre de reloj, donde la gente intercambiaba armas de plasma por comida sintética.

Cruzó la entrada de la aldea y de inmediato fue rodeado por figuras cubiertas de ropajes harapientos pero llenos de detalles barrocos, una fusión entre la vestimenta de soldados medievales y guerreros tribales con implantes tecnológicos. Las máscaras que llevaban eran extrañas: algunas tenían lentes de aumento integrados, otras parecían hechas con cráneos de animales modificados con circuitos.

—Hörst du mich? Wer bist du? —le preguntó un hombre alto, con el rostro cubierto de tatuajes luminiscentes.

Ciro parpadeó.

—¿Qué?

Los murmullos se intensificaron. El idioma que hablaban era una mezcla extraña de alemán antiguo y dialectos guturales. Pero lo que realmente lo desconcertó fue lo siguiente:

—Er ist nicht normal! —gritó una mujer, señalándolo con un dedo tembloroso.

—Woher kommt er! —preguntó otro, y de inmediato todos comenzaron a acercarse.

—¿¡Qué!? ¡No, no, no! ¡Alto ahí! —Ciro levantó las manos—. ¡Me llamo Ciro! No soy peligroso, vengo del 2025, ¿Qué año es? - contesto en un alemán torpe.

El murmullo se esparció como pólvora.

—¡Viene del pasado!

—De los tiempos olvidados...

Ciro fue conducido a una gran tienda de cuero y tela de hologramas intermitentes. Dentro, un anciano le ofreció un cuenco con un líquido humeante.

Su rostro era un mapa de cicatrices y sabiduría, con ojos brillantes y penetrantes. Vestía una túnica de cuero reforzada con placas metálicas, y sostenía un bastón con una esfera luminosa incrustada en la punta.

—Willkommen, Fremder.

Su voz resonó fuerte y clara.

Ciro tragó saliva.

—Ehh... hallo?

El anciano lo estudió con calma. Era la mirada de alguien que había visto demasiados soles caer y demasiadas ciudades arder.

—Nenne deinen Namen. ¿Cómo te llamas?

Ciro respiró hondo.

—Me llamo Ciro.

Los aldeanos fruncieron el ceño.

—¿Zero? —preguntó el anciano.

—¡No, no! Ciro. Con "i".

Los aldeanos intercambiaron miradas, murmurando entre ellos.

—Zero... Zero el Ausländer.

—Oh, por Dios...

El anciano asintió, como si todo tuviera sentido.

—Hablas un antiguo dialecto Ausländer, un alemán olvidado de los primeros tiempos. Les pido paciencia, pues su lengua ha quedado atrapada en los ecos del pasado.

Los aldeanos se relajaron un poco.

Ciro se rió por dentro. No era la primera vez que la gente tenía que esforzarse para entenderlo.

—Vaya, qué ironía. Ni en mi época me entendían bien.

El anciano sonrió levemente.

—¿De dónde vienes, Zero?

Ciro dudó un segundo.

—De... muy lejos. Del 2025.

—¿Y qué buscas?

Buena pregunta. Sobrevivir. No morir apaleado. Tal vez una cerveza.

—No lo sé. Solo desperté en este mundo y quiero entender qué pasó.

El anciano asintió, como si hubiera esperado esa respuesta.

—Soy Varran, líder de Eisenholt. Bienvenido, Zero.

—¿Puedes decirlo bien, solo una vez?

Varran ignoró su súplica.

—Bebé y escucha, Zero.

Sin opción, Ciro obedeció. El sabor era repugnante, pero lo que escuchó lo hizo olvidar el asco.

—Hubo una era de dioses de metal y fuego. Se enfrentaron en una guerra que encendió los cielos y partió la tierra. El año 2025 marcó el fin de la civilización. Bombas de luz cegadora cayeron del firmamento, convirtiendo las ciudades en cenizas. Pero no murieron todos...

El anciano respiró hondo y continuó:

—Los que quedaron formaron clanes. Algunos recurrieron a la hechicería antigua, despertando secretos que dormían desde los albores del tiempo. Otros intentaron reconstruir la tecnología perdida, pero sin la guía de los sabios de la antigüedad, crearon monstruos en vez de maravillas.

Ciro tragó saliva.

—¿Y qué pasó después?

—Dos imperios surgieron del caos... Reichsolis, el Puño de la Luz, y Confederatio Dominatus, los Amos de la Sombra.

—Quiero que te quedes con nosotros. Necesitas ropa decente.—continuo Varran.

Chasqueó los dedos y un joven asistente corrió a buscar ropa.

En ese momento, una figura saltó entre la multitud como un niño emocionado.

—¿Un viajero del pasado?! ¿En serio?!

Ciro parpadeó.

Un hombre con una bata harapienta llena de runas y circuitos se acercó con los ojos brillando como un lunático.

—¡Soy Doktor Hexenlicht! Y necesito examinarte. ¡La convergencia de tecnología antigua y la psiónica del tiempo es fascinante!

Ciro dio un paso atrás.

—Hermano, baja la emoción un poquito.

Hexenlicht tomó su mano y la giró como si fuera una reliquia sagrada.

—¡Miren estas manos! No tienen rastros de biomodificaciones ni adaptaciones neuroquímicas. ¡Es un espécimen puro!

Ciro intentó zafarse.

—Gracias, gracias, pero prefiero que me invites a una cerveza antes de desnudarme en un estudio científico.

Varran rió con suavidad.

—Tendrás tu oportunidad de entender este mundo, Zero. Pero primero, descansa.

Ciro suspiró. Bienvenido a la locura.

Durante la noche, la aldea Eisenholt lo recibió con una comida extraña hecha de raíces mutantes y carne de origen dudoso. Ciro trató de no hacer preguntas.

Allí conoció a Mina.

Era una artista, pintaba murales en las ruinas con pigmentos que fabricaba con hierbas y minerales. Alta, de cabello rubio rizado, ojos oscuros y una mirada afilada, pero con una risa que hacía que la decadencia del mundo se sintiera menos sofocante. Desde el primer momento, lo miró con desconfianza.

Ciro se encariñó con ella rápido. Demasiado rápido.

Pero también lo hizo otro hombre: Valrik, un guerrero alto con cicatrices y un brazo mecánico que zumbaba con cada movimiento.

—Mina es mía, forastero —le dijo con voz grave.

Ciro arqueó una ceja.

—¿Perdón? No soy un objeto para pelear —intervino Mina, cruzándose de brazos.

Valrik la ignoró.

—Si el Ausländer cree que puede quitármela, que lo demuestre.

Ciro suspiró.

Poco días después, descubrió Ciro (o Zero, como insistían en llamarlo) que la aldea de Eisenholt, no era el paraíso de la civilización perdida. Era un campamento de sobrevivientes que comerciaba con caravanas, luchaba contra bandidos y trataba de no quedar atrapado entre los dos imperios que dominaban el continente: Reichsolis, el Imperio Protector, y Confederatio Dominatus, el Imperio Oscuro.

El anciano líder le dio una tarea simple: acompañar una expedición a las ruinas de una antigua fábrica de energía en busca de recursos valiosos. Ciro intentó negarse, pero lo ignoraron.

Así fue como terminó con un grupo de inadaptados que, sin que él lo supiera aún, definirían su destino.

El primer miembro del grupo era Krieg, un hombre fornido de barba canosa y vestimenta adornada con colgantes de monedas oxidadas. Comerciante, traficante, mafioso... él mismo no parecía distinguir la diferencia.

—Escucha, Zero —dijo con una sonrisa astuta, arrojándole una bolsa con unas cuantas piezas metálicas oxidadas—. Todo en este mundo tiene un precio. Tu pellejo incluido.

—Se dice Ciro... y no pienso venderme.

Krieg soltó una carcajada.

—No digo que te vendas, digo que aprendas a negociar. A veces, los buenos y los malos no son más que compradores y vendedores en bandos opuestos. Y un hombre listo sabe sacar provecho de ambos.

Ciro gruñó, pero no pudo evitar admitir que el viejo tenía razón.

Luego estaba Von Richter, un guerrero alto, de mirada severa y armadura hecha de placas de titanio corroído. No hablaba mucho, pero cuando lo hacía, cada palabra sonaba como si viniera de un código de honor milenario.

—La espada no solo es para matar, Zero. Es para proteger.

—Ciro... —murmuró Ciro, resignado.

—No lo olvides. Un líder que no puede luchar es un hombre muerto esperando su turno.

Ciro tragó saliva. No tenía intención de morir pronto.

Ernst Haas parecía el menos preparado para una expedición peligrosa. Un poco regordete, de rostro juvenil y siempre con una expresión de pánico, se aferraba a un viejo libro de cuentas como si fuera un escudo.

—¿Por qué demonios estás aquí? —preguntó Ciro mientras caminaban.

—Porque necesito calcular si este viaje es rentable o no —murmuró Haas—. Y porque si no venía, me habrían obligado de todas formas.

—Gran espíritu de aventura tienes, Babyface.

—¿¡Qué!? ¡No me llames así!

Pero ya era tarde. Ciro se lo había grabado en la mente.

Drexler era lo opuesto a Krieg. Mientras el mafioso veía en todo una oportunidad de negocio, Drexler lo veía como una oportunidad de negociación. De cabello negro y ojos calculadores, tenía una lengua afilada y una paciencia limitada.

—El mundo no necesita más guerreros, Zero. Necesita mediadores.

—¡Se dice CIRO!

—No seas terco. Aprende a hablar con tus enemigos antes de pelear. Muchas guerras empiezan por palabras mal elegidas.

Ciro rodó los ojos. No soportaba lo pedante que era Drexler.

Y luego estaba Doktor Hexenlicht, un excéntrico que vestía una túnica con circuitos bordados y gafas de aumento que le daban un aspecto de búho lunático.

—¡Ah, Weiser Zero! ¡Finalmente el destino nos ha unido!

—No, no nos ha unido nada. Y mi nombre es Ciro.

—¡Tonterías! ¡Eres un hombre fuera de tu tiempo, una anomalía del continuo espacio-temporal! ¡Un puente entre la ciencia y la magia!

—¿Sabes que nada de eso tiene sentido, verdad?

—¡TODO tiene sentido si lo desarmas y lo vuelves a armar con piezas mejores!

Ciro decidió que evitaría a este tipo en el futuro.

Y finalmente Mina, de figura esbelta y mirada afilada, este día llevaba el cabello agarrado y desordenado. Vestía con capas de tela oscura y un cinturón lleno de herramientas. Siempre tenía un gesto de fastidio en el rostro, especialmente cuando Ciro hablaba.

Ciro se ajustó la capa que antes debió ser una bandera sobre los hombros y giró sobre sus talones con una sonrisa engreída.

—¿Y? ¿Cómo me veo? —preguntó, abriendo los brazos para que Mina lo apreciara en todo su esplendor.

Ella, afilando la navaja de su bota, le echó un vistazo rápido y luego volvió a lo suyo.

—Ridículo.

Ciro soltó una risa.

—Ridículamente impresionante, ¿eh? Sabía que te gustaría.

Mina suspiró.

—Solo súbete al maldito vehículo.

Él se inclinó un poco hacia ella, bajando la voz con picardía.

—¿Sabes qué me gusta más que la capa?

—No me interesa.

—Cómo me miras cuando crees que no me doy cuenta.

Mina se detuvo un segundo.

—Vas a morir primero en esta misión.

Ciro sonrió, satisfecho, y subió al vehículo sin dejar de mirarla.

Esto iba a ser divertido.

La expedición llegó a la fábrica abandonada, un esqueleto de metal donde antiguas máquinas dormían cubiertas de óxido.

El grupo avanzó entre los restos oxidados de la fábrica abandonada, una inmensa estructura de metal corroído con torres derrumbadas y escombros que crujían bajo sus pies. Antiguos letreros de neón, ahora rotos y parpadeantes, todavía mostraban fragmentos de un pasado olvidado: "Energía para un nuevo mañana".

Ciro, o Zero, como insistían en llamarlo, caminaba con cautela. No estaba armado, a diferencia de sus acompañantes.

—Si algo salta de la oscuridad, espero que seas bueno esquivando, Zero —dijo Krieg, con una sonrisa burlona.



—Prefiero "Ciro", pero gracias por la confianza —respondió él, sarcástico.

Von Richter, siempre en guardia, caminaba adelante con su espada de plasma, una reliquia del viejo mundo. Drexler sostenía una pistola láser pequeña, de alcance corto pero efectiva. Krieg tenía una escopeta de cartuchos electromagnéticos y Hexenlicht... bueno, cargaba un saco lleno de artefactos cuyo propósito era dudoso.

Mina iba detrás, con un cuchillo oculto en el cinturón.

—Este lugar no me gusta —murmuró Ernst Haas, mirando nervioso las sombras.

Y entonces, un estruendo sacudió el suelo.

Pero no estaban solas.

—Scheiße... —murmuró Von Richter, desenvainando su espada.

Un estruendo sacudió el suelo.

—¡Corre! —gritó Ernst Haas.

Del fondo de la fábrica, una figura colosal emergió entre el polvo y los escombros. Un titán mecánico, un Coloso Forjado, de más de tres metros de altura, con un solo ojo rojo brillando como un demonio.

Su cuerpo era un amasijo de metal, cables y engranajes. En lugar de manos, tenía cuchillas rotatorias, y su pecho emitía un zumbido eléctrico amenazador.

—Ah, mierda —murmuró Ciro.

El monstruo rugió con un sonido mecánico y cargó contra ellos.

Von Richter fue el primero en reaccionar, lanzándose con su espada de plasma. La hoja cortó una de las cuchillas del monstruo, pero la máquina no se inmutó y lo lanzó contra una pared con un golpe brutal.

—¡Richter! —gritó Mina.

—Estoy bien —gruñó el guerrero, poniéndose de pie, con sangre en la boca.

Krieg disparó su escopeta, pero las balas electromagnéticas apenas rasgaron la armadura de la bestia.

—¡Demonios! ¡Esta cosa esta más Fea que tu mama Babyface! - Le grito a Ernst Haas.

El Coloso respondió con un rayo de energía disparado desde su ojo. Todos se arrojaron al suelo, evitando ser incinerados.

Ciro rodó hasta quedar detrás de un generador oxidado. No tenía armas, no tenía fuerza, y su única habilidad hasta ahora era no morir.

—¡Negocia con él, diplomático! —se burló Ciro.

Drexler le lanzó una mirada asesina.

—¡Negociar con una máquina asesina no es mi especialidad, Zero!

—¡SE DICE CIRO!

Mina, aprovechando la distracción, corrió ágilmente entre los escombros y arrojó su cuchillo contra el ojo del monstruo. El arma rebotó sin hacer daño, pero al menos distrajo a la bestia.

—¡Esa cosa no tiene punto débil! —gritó Ernst Haas, desesperado.

Krieg rodó hasta quedar detrás de un generador oxidado.

—¡Hexenlicht! —gritó—. ¡Dime que tienes algo en esa bolsa de basura que puedas usar!

El brujo sacó una esfera de cristal llena de un líquido extraño.

—¡Solo una bomba etérea experimental!

—¿Experimental cómo?

—¡Si la lanzo, o nos salva o nos mata a todos!

Krieg miró la enorme máquina asesina que seguía acercándose y después a Hexenlicht.

—Bueno, me caes bien, pero si no la lanzas, nos morimos de todas formas.

Hexenlicht soltó una risa maníaca y arrojó la esfera al Coloso.

El impacto provocó una explosión de llamas violetas. El monstruo titubeó, su ojo parpadeó y su estructura metálica comenzó a chispear. Sin embargo, no cayó.

—¡No fue suficiente! —gritó Ernst Haas.

Mina, aprovechando la distracción, corrió ágilmente entre los escombros y saltó sobre el Coloso. Con una precisión letal, incrustó su cuchillo en una rendija de su cuello metálico.

El monstruo rugió con un chirrido mecánico y trató de sacudírsela.

—¡Zero! —gritó Von Richter—. ¡Ahora!

Zero corrió hasta una vieja grúa y, sin saber exactamente qué estaba activando, tiró de una palanca oxidada. Un gigantesco gancho de metal descendió desde el techo y se incrustó en la espalda del Coloso.

La bestia mecánica se sacudió con fuerza, intentando liberarse, pero la grúa colapsó parcialmente y lo arrastró con ella.

—¡Mina, sal de ahí! —gritó Ciro.

Ella saltó en el último segundo, aterrizando torpemente.

El Coloso se estrelló contra el suelo con un estruendo enviando una nube de polvo por toda la fábrica. Su ojo rojo parpadeó una última vez antes de apagarse.

Silencio.

El grupo quedó jadeando, cubiertos de polvo y sudor.

Ciro se levantó, todavía procesando que seguía vivo.

—¿Viste cómo tiré de esa palanca? Fue espectacular.

Krieg sonrió.

Von Richter limpió su espada.

—Buen trabajo. Todos.

Mina, sin mirarlo, esbozó una leve sonrisa.

—Nada mal para un "Zero".

Ciro alzó una ceja.

—¿Lo dijiste bien?

—Shh... No comiences.

Ciro sonrió. Quizás este mundo no era tan malo después de todo.

Antes de irse, reunieron los recursos valiosos de la fábrica:

Celdas de energía antiguas para armas y generadores.

Placas de metal reforzado para armaduras y fortificaciones.

Planos de tecnología perdida, que Hexenlicht se llevó emocionado.

Componentes electrónicos raros, útiles para comercio y mejoras.

Regresaron a la aldea como héroes.

Pocos días después, el anciano líder enfermó y murió.

La aldea entró en debate sobre quién lo sucedería.

Hexenlicht propuso algo ridículo:

—¡Zero es el más viejo! ¡Viene del pasado! De acuerdo a la profecía, él es el indicado.

Krieg, siempre con el olfato de un negociante, vio una oportunidad y convenció a Drexler.

—Podemos controlar a Zero y manejar todo desde las sombras.

—¿Y si sale mal?

—Siempre podemos... deshacernos de él.

Así que, Drexler con su habilidad diplomática tras una discusión absurda donde Ciro intentó corregir su nombre varias veces...

"¡El nuevo líder de Eisenholt será... Zero!"

Ciro se quedó sin aire.

Luego, todas las miradas se clavaron en Ciro.

Se subió a una roca, extendió los brazos y, con una sonrisa exagerada gritó con la mejor voz teatral que pudo:

"¡Soy Zero el Rey Magnánimo!"

Los aldeanos vitorearon.

Mina sorprendida se sonrojó por la suerte de su nuevo amigo.

Krieg se inclinó con sorna. Babyface se desmayó. Drexler se agarró la cabeza. Hexenlicht gritó:

—¡EL DESTINO SE HA CUMPLIDO!

Y así, el idiota del siglo XXI se convirtió en el rey de un pueblo que apenas entendía.

Esa noche, bajo las estrellas artificiales y los restos de una civilización perdida, Zero dio su primer discurso como líder. No tenía ni idea de qué estaba haciendo, pero su voz resonó con una seguridad que ni él mismo entendía.

Un nuevo capítulo en su vida comenzaba. Un capítulo donde sería más que un simple hombre fuera de su tiempo.

Ahora era un rey. Y un mundo en ruinas lo observaba con atención.

Capítulo 3: La Diplomacia ante todo

Zero siempre había tenido un talento natural para sobrevivir sin realmente entender lo que estaba pasando. Su último logro en la vida consistía en no haber muerto aplastado por un Coloso mecánico, lo cual, si le preguntaban, era un éxito notable. Sin embargo, ahora tenía un nuevo problema: liderar una aldea que estaba al borde del hambre y la desesperación.

Pero si había algo que Zero entendía menos que la tecnología de este mundo, era la política. Como recién lo habían ascendido de "nadie" a "rey" (y él era demasiado egocéntrico como para rechazar el título), decidió que debía aprender. Así que hizo lo más lógico posible: molestó a Drexler para que le explique cómo funcionaban los dos imperios que dominaban el mundo.

El diplomático suspiró con resignación.

—Bien, presta atención, Zero.

—El mundo se divide en dos imperios: Reichsolis y Confederatio Dominatus.

—Suenan amenazador.—Zero

—Porque lo es.

Drexler sacó un pergamino viejo y lo desenrolló sobre la mesa, mostrando un mapa garabateado con tinta y lo que parecía ser una mancha de café que bien podría representar un volcán, un río... o el desayuno del diplomático.

Eisenholt no era el centro del universo. De hecho, estaba más cerca de ser el basurero olvidado entre dos titanes en guerra.

Zero, ahora proclamado líder de la aldea, se encontraba sentado sobre una mesa, con las piernas cruzadas, frente a Drexler, el diplomático oficial del grupo.

—A ver, amigo... —Zero entrecerró los ojos—. Explícame otra vez, como si tuviera cinco años...

—Eso no será difícil.

—...¿Y por qué todos parecen estar a punto de matarse?

Drexler suspiró. Ajustó su túnica de embajador, carraspeó, y empezó la que probablemente era la milésima vez que tenía que explicar esto a alguien.

—Bien, escucha con atención, líder Zero. Te explico las dos grandes potencias.

1. El Imperio Reichsolis – Un imperio majestuoso y avanzado, gobernado por un Emperador absoluto.

—Su lema es la "luz de la ciencia y la paz". —Drexler levantó un dedo—. Dicen que su objetivo es el progreso, la civilización y el bienestar de sus súbditos. Son ordenados, estructurados, muy pegados a sus normas y creen que la tecnología es el camino hacia un futuro mejor.

—Eso suena bonito.

—Depende. —Drexler frunció el ceño—. También creen que solo ellos saben qué es lo mejor para la humanidad, así que si no estás de acuerdo con su forma de pensar, bueno... no te preocupes, ya han desarrollado siete formas distintas de convencerte a la fuerza.

—Ajá...

—El Imperio es hermoso. Sus ciudades son futuristas, llenas de rascacielos, jardines colgantes y transporte avanzado. Su gente vive tranquila porque el crimen es inexistente.

—¿Cómo logran eso?

—No necesitan policías. Todos creen ciegamente en el Emperador y en la nobleza que lo rodea. Son entrenados desde pequeños para seguir el orden imperial.

Zero silbó.

—Wow. ¿Y la otra banda?

2. La Confederatio Dominatus – Una red de clanes bárbaros y hechiceros con un solo objetivo: el dominio absoluto.

—Esta es la parte donde todo se pone medievalmente aterrador. —Drexler se acomodó en su asiento—. La Confederatio Dominatus es una confederación de clanes guerreros que creen que el mundo le pertenece al más fuerte.

—O sea, un club de locos.

—Exacto. No tienen un solo líder, sino una junta de caudillos y brujos, todos compitiendo por el dominio. Sus ejércitos están formados por tribus salvajes, fanáticos de la guerra y, para colmo, usuarios de hechicería.

Zero levantó una ceja.

—¿Hechicería?

—Sí, magia. Brujos, maldiciones, monstruos invocados... ese tipo de cosas.

—Ah, fantástico. Me encanta cuando los locos con espadas también tienen superpoderes.

Drexler ignoró el sarcasmo y continuó:

—El Dominatus no construye, no innova, solo conquista. Donde llegan, destruyen todo y obligan a los sobrevivientes a unirse a su causa. Creen que la tecnología imperial es una aberración, algo que debilita a la humanidad. Para ellos, la fuerza pura es la única moneda de valor en el mundo.

Zero tamborileó los dedos sobre la mesa.

—Entonces, el Imperio es un grupo de obsesionados con la ciencia y la estabilidad, y el Dominatus es una horda de psicópatas medievales con hechizos.

—En términos simples... sí.

—Y nosotros...

—Somos un grupo de aldeanos que nadie recuerda, ubicados justo detrás del Imperio Reichsolis.

Zero chasqueó la lengua.

—¿Y si los dejamos pelear y nos mantenemos al margen?

Drexler sonrió con cansancio.

—Eso hemos intentado por años, pero cada vez que uno de los dos se fortalece, se acercan más a nuestra aldea.

Zero se rascó la barbilla.

—Bien. Necesito hablar con el Emperador.

Drexler dejó caer la cabeza contra la mesa.

—Por supuesto. Nada dice decisión prudente como marchar hacia el palacio imperial sin ser invitado.

—La pregunta del millón —dijo Zero, apoyando los pies sobre la mesa—. ¿Por qué diablos nos morimos de hambre si tenemos a estos maravillosos mecenas dándonos "protección"? ¿No se supone que el Imperio nos protege y nos cuida? —preguntó Zero mientras se aferraba a su taza de café, que en realidad era solo agua caliente con una pizca de esperanza.

Drexler lo miró con lástima.

—Porque en la jerarquía de importancia, nuestra aldea está justo por debajo de las palomas callejeras. Nos protegen del otro imperio—respondió Drexler con su acostumbrado tono condescendiente—. No nos alimentan. Somos más útiles como súbditos hambrientos que como ciudadanos satisfechos.

—Ah.

Silencio.

Zero lo miró fijamente.

—Drexler...

—¿Sí?

Zero lo miró con el ceño fruncido.

—Gracias por la explicación... pero no me gusta tu tono.

Drexler cerró los ojos y respiró hondo.

—Por supuesto, mi Rey Zero.

El hambre y la sed estaban convirtiéndose en un problema real en la aldea. La gente apenas tenía lo suficiente para subsistir.

La cuestión es que, si Zero iba a ser un líder, tenía que hacer algo al respecto. Y como siempre, su estrategia se basaba en el principio fundamental de la vida: Si no pides lo que quieres, te jodes.

—Tenemos que hablar con el Emperador— insistió Zero con la confianza de un hombre que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo y convocó a sus más allegados y personajes de la aldea.

—Escuchen, el Imperio es nuestro protector, ¿verdad? Así que debe protegernos también del hambre. Es sentido común.

—El sentido común es lo primero que muere en la política —señaló Ernst Haas, ajustándose sus gafas con evidente fastidio.

—Pues hoy no, Babyface. Hoy el sentido común soy yo.

Los ancianos de la aldea no estaban muy convencidos.

—No deberíamos exigir nada —susurró uno—. El Emperador ya nos da protección...

—Sí, protección de un enemigo que nunca hemos visto —señaló Zero—. Así que vamos a ir a verlo y preguntarle si de casualidad le sobran algunas toneladas de comida y agua.

Y con eso, se armó la Comitiva Más Ridícula de la Historia:

Zero, el líder improvisado con demasiada confianza.

Drexler, el diplomático con el alma de un burócrata amargado.

Valrik, que era un gran guerrero y que Zero lo mando por delante.

Krieg, porque alguien tenía que estar armado.

Von Richter, porque siempre quedaba bien tener a un tipo con espada.

Ernst Haas ahora Babyface, que estaba ahí porque nadie tuvo el corazón de dejarlo atrás.

Antes de partir Zero se apoyó en la pared de madera con su clásica sonrisa de idiota encantador mientras Mina terminaba de atar una pequeña bolsa con provisiones para darle a la comitiva. Había algo en el modo en que ella apretaba los labios que le decía que estaba preocupada.

—Mina, Mina, Mina... —canturreó, acercándose con paso lento—. No pongas esa cara. Voy a una simple reunión al imperio, no a pelear contra dragones mutantes... aunque si me cruzo con uno, le diré que se largue porque ya tengo suficiente fuego con tu mirada.

Mina soltó un suspiro, pero la sombra de una sonrisa apareció en sus labios.

—Idiota. Te vas a meter en problemas con Valrik.

—Mina, a nadie lo han encarcelado por robarse un corazón... —Zero susurró con una sonrisa pícar.

Ella le dio un pequeño golpe en el pecho con el dorso de la mano, pero sin mucha fuerza. Y ahí estaba su error. Porque Zero aprovechó la oportunidad para tomarle la mano y, con un movimiento exagerado, besarla suavemente en los nudillos.

Subieron a sus motos de propulsión solar, que tenían el aspecto de haber sido diseñadas por alguien que solo había oído hablar de la aerodinámica en una fiesta. Las ruedas flotaban a centímetros del suelo, iluminadas por luces de neón intermitentes, y los motores emitían un zumbido futurista que hacía que todo pareciera más rápido de lo que realmente era.

La carretera los llevó a través de ciudades en ruinas, donde edificios antiguos de vidrio y metal luchaban contra la vegetación que intentaba reclamar su territorio. Túneles de transporte abandonados servían como refugios improvisados para viajeros, y de vez en cuando, se cruzaban con mercaderes nómadas que ofrecían desde armas oxidadas hasta dispositivos de realidad aumentada que solo funcionaban el 30% del tiempo.

Cuando finalmente llegaron a las puertas del Imperio, la diferencia era abismal. Mientras su aldea parecía sacada de una película postapocalíptica, aquí todo brillaba con una limpieza artificial. Las calles estaban impecables, los edificios flotaban con la ayuda de generadores antigraavedad, y la gente caminaba con una tranquilidad casi sospechosa.



—¿Dónde están los ladrones? —preguntó Zero, extrañado.

—No hay —respondió un ciudadano con una sonrisa brillante—. No necesitamos policías.

Zero lo miró con los ojos entrecerrados y luego alzó los brazos y girando aclamo...

—Oh! Alabado sea el Emperador!

El ciudadano rió.

—Aquí vivimos en paz. El Emperador nos cuida. - dijo otro ciudadano en el camino.

Zero, teatralmente, miró a sus compañeros y proclamó en voz alta:

—¡Viva el Emperador!

La multitud aplaudió.

Drexler le lanzó una mirada de desprecio.

—Si alguna vez te dedicas a la política, yo mismo lideraré la rebelión.

—Lo tomaré como un halago.

El Palacio Imperial era una mezcla entre un templo sagrado y un centro comercial de lujo. Columnas de cristal, murales holográficos, y suelo de mármol flotante daban la impresión de que la gravedad era solo una sugerencia.

Zero avanzaba con la elegancia de alguien que claramente no pertenecía allí, seguido por su comitiva de rudos, desesperados y ligeramente confundidos compañeros. Los pasillos estaban llenos de personal del palacio con uniformes impecables y una actitud

despreocupada. Solo unos pocos soldados acompañaban la escena, lo que hizo que Krieg murmurara algo sobre lo fácil que sería "redecorar el palacio con explosiones".

—Drexler, por favor, explícale a esta buena gente quiénes somos. —dijo Zero con un tono dramático, mientras se acomodaba su capa frente unas guardias del Palacio.

Drexler suspiró con la resignación de un hombre que ya veía su vida pasar ante sus ojos.

—Somos enviados de Eisenholt, una humilde pero fiel aldea bajo el manto glorioso del Imperio. Venimos a presentar nuestros respetos al Emperador...

Los guardias los escoltaron sin mucho protocolo hasta la Sala del Trono. Allí, sentado con un porte de poder indiscutible, estaba El Emperador de Reichsolis.

En el centro, sentado en un trono de oro macizo con detalles en titanio, estaba el Emperador.

El tipo imponía. Alto, musculoso, con una quijada cuadrada que parecía esculpida por los dioses y una melena gloriosa que ondeaba sin que hubiera viento. Se veía como si hubiese nacido para reinar, mientras que Zero se veía como alguien que apenas había nacido para pagar impuestos.

El Emperador estaba terminando de recibir un informe:

—...y nuestras tropas están a punto de acabar con la Confederatio Dominatus.

Con una última orden, el Emperador sonrió, satisfecho, y levantó la mirada hacia Zero y su grupo.

—¡Bienvenidos! ¿Quiénes son y qué los trae ante mí?

Zero avanzó con su mejor sonrisa de político de feria.

—¡Oooh, mi Rey, mi Rey, qué capo! —exclamó, maravillado por el lugar, acercándose con pasos despreocupados—. ¡Soy Zero, nuevo líder de la aldea Eisenholt, fiel al Imperio!

Se acercó sin dejar de hablar.

—Primero, mis felicitaciones por su gloriosa campaña contra esos salvajes. ¡Espectacular, de verdad! Un genio usted, ¡brillante!

El Emperador sonrió ante la adulación.

—Aprecio tus palabras, líder Zero. ¿Cómo puedo ayudar a tu aldea?

Zero continuó acercándose, con una sonrisa que parecía la de un vendedor de autos usados.

—Pues veré, nuestro anciano líder falleció, pobre viejo, y ahora me toca a mí cuidar de mi gente. Y, bueno, resulta que tenemos un pequeño inconveniente... más bien una hambruna... y sed... y carencia general de todo lo necesario para vivir.

—Eso es grave. —El Emperador se inclinó ligeramente hacia adelante—. ¿Qué necesitan? Puedo enviarles víveres.

Zero detuvo su paso, emocionado. Miró a su comitiva con cara de ¡lo logramos!

La comitiva no daba de alegría.

Luego miró a los guardias imperiales hiperarmados y les sonrió.

Zero giró lentamente hacia el Emperador..

Sacó su arma y la puso en la cabeza del Emperador.

—Queremos TODO.

Babyface gritó.

—¡¿QUÉ ESTÁS HACIENDO, ZERO?!

Drexler sintió que su alma abandonaba su cuerpo.

—¡Zero, hijo de la grandísima...! ¡Nos van a matar a todos!

Krieg, fiel a su naturaleza, sacó su escopeta con una eficiencia preocupante.

Von Richter y Valrik desenvainaron sus espadas, porque nada dice "plan bien pensado" como una carga medieval en plena era tecnológica.

El Emperador, con una calma digna de un hombre que jamás había sido apuntado con un arma en su propia casa, sonrió con frialdad.

—Mis guardias te van a matar. Ellos viven por su rey.

Zero ladeó la cabeza.

—¿Me estás diciendo que harían todo por su rey?

—Sí.

—O sea, darían hasta la vida por su Rey?!

—Sí!!! Gritaron todos

Babyface comenzó a hiperventilar.

—Baja el arma, baja el arma, ¡vas a hacer que nos maten!

Zero sonrió.

PUM.

El Emperador cayó al suelo.

—MUERTO EL REY... VIVA EL REY.—grito Zero.

Los soldados repitieron a coro:

—¡MUERTO EL REY, VIVA EL REY!

Zero sonrió como un idiota afortunado.

Y luego, los guardias, como si fuera lo más natural del mundo...

Se arrodillaron ante Zero.

La comitiva temblando no lo podía creer.

Zero, el incompetente más afortunado del universo, se coronó como Rey Zero, rodeado de una corte de oportunistas, traidores y lunáticos.

—Krieg, tú serás mi Jefe de Seguridad. Asegúrate de que nadie intente matarme, excepto yo mismo con mis malas decisiones.

—Será un placer.

—Drexler... tú sigues siendo mi diplomático.

—Por supuesto, Majestad, estoy seguro de que tus políticas exteriores serán una bendición.

—¡Exacto! —Zero ignoró el sarcasmo—. Y ahora, ¿quién más?

—Babyface, claro, tu serás mi consejero económico, así que trae tu carota.

El pobre Babyface parpadeó, tragó saliva y balbuceó:

—¿C-consejero económico? ¡Pero Majestad, yo solo sé de teoría!

—Exacto. Si la economía colapsa, siempre podremos decir que fue una hipótesis fallida y no un error real. ¡Siguiente!

Antes de que Babyface pudiera argumentar sobre las implicaciones catastróficas de semejante lógica, Zero ya había apuntado a Von Richter, el noble con la sonrisa calculadora y la lealtad ambigua.

—Richter, tú serás mi consejero militar.

Richter arqueó una ceja, divertido.

—Interesante. ¿Y qué se supone que haga?

—Tu trabajo es asegurarte de que el Imperio no sea aplastado por sus enemigos... preferiblemente sin que yo tenga que hacer nada.

—¿Eso incluye negociaciones con el enemigo?

Zero se encogió de hombros.

—Mira, no me importa si les mandas flores o amenazas de muerte. Solo haz lo que tengas que hacer.

Von Richter sonrió. No era estúpido. Sabía que Zero le acababa de dar las llaves del poder militar... y con ello, la posibilidad de traicionarlo en el futuro si era necesario. Un movimiento audaz. Uno que, para sorpresa de todos, Zero probablemente había hecho a propósito.

Luego, Zero giró la cabeza hacia Valrik.

—Valrik, necesito un reporte de la guerra contra la Confederatio Dominatus. Anda al frente y dime qué tan jodidos estamos.—dijo sonriendo.

Valrik, como buen soldado, no perdió el tiempo en quejarse. Hizo un saludo brusco, dio media vuelta y salió de la sala sin decir una sola palabra.

Zero asintió, satisfecho. Nada como mandar a otro a hacer el trabajo peligroso.

Pero aún faltaba algo. Algo importante.

Zero recorrió la sala con la mirada hasta detenerse en una joven que esperaba discretamente a un costado. Una mujer de cabello oscuro, ojos afilados y un porte que gritaba peligro contenido.

—Tú, jovencita. Acércate.

La joven se adelantó con la precisión de alguien que sabía exactamente cómo moverse en una corte llena de tiburones.

—Katja, Majestad.

—Katja, ¿eh? Quiero que me informes sobre la actualidad del Imperio.

Ella inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Política, economía, estado de guerra, rumores de conspiración?

Zero le dedicó una sonrisa pícara.

—Todo.

Katja sonrió. No era la típica cortesana asustada. Había algo en su mirada que sugería que ya estaba evaluando a Zero, buscando sus puntos débiles.

Zero se rió para sí mismo. Interesante. Muy interesante.

Pero ya habría tiempo para juegos políticos después. Porque en ese momento, mientras el sol se alzaba sobre el imperio, Zero sabía que lo único que importaba era una cosa.

Se puso de pie de un salto, extendiendo los brazos con teatralidad.

—¡Vamos! ¡Una gran batalla merece un gran baile! ¡QUE REVIENTEN LOS TAMBORES!

Los músicos de la corte, que llevaban horas esperando su señal, se lanzaron a tocar un ritmo frenético, lleno de tambores estruendosos y trompetas desgarradas.

Y así, con la banda sonora más ridículamente épica que alguien pudiera imaginar, Zero se preparó para enfrentar su destino... o al menos, para hacer que pareciera que tenía todo bajo control.

Capítulo 4: El Circo del Trono Eléctrico

Cuando Zero tomó el poder, el Imperio de Hierro estaba en la cúspide de su gloria. Tecnología avanzada, ciudades brillantes con neones parpadeantes, naves flotando en el cielo como si la gravedad fuera solo una sugerencia opcional. Las carreteras eran ríos de metal líquido, las torres de los poderosos se elevaban como cuchillas cromadas hacia el cielo púrpura, y las megacorporaciones movían los hilos detrás de todo. Era un futuro que se imaginaba en los años pasados, solo que ahora en ruinas y con menos promesas de prosperidad.

Al principio, Zero lo pasó bien. Mejor que bien, de hecho. No tenía que hacer absolutamente nada. Sus primeras órdenes como Emperador incluyeron declarar los viernes como “Día Internacional de la Vagancia”, eliminar los impuestos al alcohol y financiar la construcción de la primera estatua de sí mismo de 30 metros de altura hecha enteramente de chatarra reciclada y hologramas. Era, en su opinión, una forma espectacular de empezar un reinado.

Los primeros dos años fueron una era dorada... para él. Para los demás, bueno, digamos que la incompetencia organizada es un arte, y Zero era un verdadero artista. Ahora estamos perdiendo el control de una guerra contra la Confederatio Dominatus y hemos enviado hasta los más jóvenes al frente de la batalla y si fuera poco se suma al colapso del Imperio de Hierro una plaga de langostas con un apetito insaciable por todo lo que no fueran impuestos y corrupción.

El problema fue que estas langostas no solo devoraban cultivos. No. Eso sería demasiado simple. Estas pequeñas y encantadoras plagas, cortesía de un antiguo proyecto de terraformación fallido, también se comían los circuitos de las ciudades, los generadores de energía, los autos aerodeslizantes, y hasta los anuncios publicitarios de realidad aumentada. Nada estaba a salvo. En menos de un mes, la economía se desplomó como un robot sin batería.

Un informe oficial de Babyface (el consejero económico real, o como Zero lo llamaba: "El Hombre Que Arruina La Diversión") reveló la magnitud del desastre:

—La situación es crítica, mi señor. Las langostas han destruido los cultivos, los sistemas de distribución y han devorado la mayoría de los hologramas del centro financiero. La gente está muriendo de hambre.

Zero, que estaba en su trono (un sillón retro con parlantes incorporados y luces de neón), hizo un gesto despreocupado.

—Pues que coman la fruta del lugar, ¿no?

Babyface lo miró como si le acabara de pedir que solucionara el hambre mundial con una baguette y un par de baterías de litio.

—Las langostas se lo comieron todo, mi señor.

—Entonces que se coman las langostas.

—No son las langostas de Mar, son las de la peste.

—Pff, ¿desde cuándo eso ha detenido a alguien? Que se pongan creativos, Baby.

Babyface respiró hondo. Un tic nervioso se apoderó de su ojo derecho.

Luego de esa reunión Babyface y la corte imperial decidió reunirse en privado, sin Zero, lo que ya era una señal clara de que algo olía a una revolución.

La sala de reuniones del Consejo era un lugar exageradamente opulento, con candelabros flotantes, una mesa de obsidiana negra y ventanas de vidrio inteligente que proyectaban una vista falsa de la ciudad en su antigua gloria (en lugar del basurero decadente que era ahora).

Krieg, el general en jefe, golpeó la mesa con su puño de metal.

—Esto no puede seguir así. ¡Zero está destruyendo el Imperio con su estupidez!

Von Richter, el maestro de espías, bebió de su vaso de licor fluorescente y asintió.

—Técnicamente, ya está destruido. Solo estamos viendo qué tan lejos puede hundirlo.

Doktor Hexenlicht, el consejero de tecnología y magia, se ajustó sus gafas con pantalla digital y susurró:

—Propongo... hablar con él. Convencerlo de que tome esto en serio.

Drexler, el representante de las megacorporaciones (y el hombre con la peineta más ridícula del Imperio), estalló en carcajadas.

—¿Hablar con Zero? ¡Ja! ¿Qué sigue? ¿Explicarle álgebra a un perro?

Krieg cruzó los brazos.

—Si no lo convencemos, habrá que considerar... otras opciones.

Hubo un silencio en la sala.

Babyface, que había estado escuchando todo esto con una expresión de esto va a salir mal, intervino:

—¿Y si lo intentamos una vez más antes de... ya saben... hacer algo irreversible?

Todos lo miraron. Gruñeron. Maldijeron. Pero al final, aceptaron.

El grupo se dirigió al salón principal del palacio. Su destino: el trono de Zero. Su misión: hablar con él, exigir cambios, y con suerte, salir vivos.

Cuando tocaron la puerta del salón imperial, esta se abrió de golpe, y Zero salió disparado... directo a ahorcar a Drexler.

—¡¡¡A vos te quería agarrar!!! —gritó Zero, agarrándolo del cuello con ambas manos, sacudiéndolo como un muñeco de trapo mientras Drexler hacía ruidos extraños parecidos a una tetera a punto de explotar.

El resto de la corte intentó separarlos, pero Zero era sorprendentemente fuerte cuando estaba furioso. Finalmente, Krieg logró apartarlo a la fuerza.

Hubo un momento de silencio incómodo mientras Drexler jadeaba, intentando recuperar la dignidad y el oxígeno.

Zero lo miró de arriba abajo, con las manos en la cintura.

—Cada vez que te veo, algo en mí me dice: “¡Ahórcalo, Zero!”.

Drexler, todavía tosiendo, levantó un dedo tembloroso.

—Yo... solo... respiro...

—¡Es tu tono! —respondió Zero, girándose dramáticamente hacia el resto—. A ver, ¿qué quieren?

Von Richter, Babyface y Krieg intercambiaron miradas.

Krieg, siempre el más descarado, soltó la bomba y dio un paso al frente.

—Señor, la situación es insostenible. La gente se muere de hambre, los soldados desertan, la economía se está desmoronando...

Zero alzó una ceja.

—Ajá. ¿Y quieren sacarme a mí?

—Bueno... —Krieg empezó a sudar— ...todas.

Zero parpadeó. Miró a los consejeros. Ellos lo miraron de vuelta, incómodos.

—¡¡¿A mí?!! —exclamó Zero, llevándose una mano dramáticamente al pecho—. ¡¿Acaso me están diciendo que YO soy el problema?! ¡¿Yo, que lo he dado todo por este Imperio?!

Von Richter alzó una ceja.

—Lo único que ha dado es... problemas.

—¡¿A mí?!! —Zero ignoró el comentario y continuó—. ¡El gobernante más querido de la historia, traicionado por su propia corte! ¡Oh, la ingratitud humana!

Doktor Hexenlicht suspiró.

—Zero, el pueblo se muere de hambre.

—¡¿A mí?!! —Zero levantó las manos—. ¡Pero si siempre he cuidado a mi pueblo! ¡Les di días de descanso, entretenimiento, y una estatua gigante de mi glorioso ser!

Babyface masajeó sus sienes.

—Zero, la gente quiere cambios.

—¡¿Me quieren cambiar a mí?!! ¡¿Qué más quieren de mí?!

Se hizo un silencio tenso.

Krieg entrecerró los ojos.

—Un gobierno funcional.

Zero los miró. Sonrió. Luego, chasqueó los dedos.

—No.

El resto de los consejeros observó en silencio. Nadie se atrevió a decir nada. El caos se instaló en la sala.

—¿Entonces? —preguntó Zero.

Von Richter miró a Krieg.

Krieg miró a Babyface.

Babyface miró al techo.

Drexler trató de recuperar el aire.

Nadie habló.

—¡Perfecto! —exclamó Zero, sonriendo ampliamente—. Si no hay objeciones, déjenme solo con Krieg.

Después de ser confrontado por su propia corte y haberse librado de un golpe de estado con la misma estrategia con la que un niño escapa de hacer la tarea—es decir, negando todo con absoluto descaro—Zero decidió que era momento de tomar acciones decisivas.

Y por acciones decisivas se refería a vender reliquias imperiales en el mercado negro para hacer un poco de dinero rápido.

—Krieg, amigo mío, necesito que me hagas un favor —dijo Zero, recostado en su trono de neón con una copa de algún líquido radioactivo en la mano.

Krieg, que ya no sabía si su lealtad era un rasgo noble o simplemente estupidez en su estado más puro, cruzó los brazos.

—Si es otra de tus ideas, no quiero saberlo. Solo dime qué hacer.

—Eso me gusta de ti, Krieg. No haces preguntas innecesarias. Muy bien, quiero que lleves estas reliquias al mercado negro. —Zero señaló un montón de tesoros apilados en el suelo, objetos de incalculable valor histórico que seguramente no deberían ser vendidos a contrabandistas con dientes de oro y antecedentes penales kilométricos.

Krieg frunció el ceño.

—Zero, ¿de verdad vas a vender la espada del Primer Emperador?

—No es una espada, es un abrelatas de lujo.

—¿Y el Cetro de la Sabiduría Eterna?

—Bah, está roto, nunca me dio ninguna sabiduría.

—¿Y esto? —Krieg recogió un objeto polvoriento y peculiar: una lámpara de bronce, cubierta de intrincados grabados que parecían brillar en la penumbra.

—Eso... eso lo encontré en un rincón del palacio. Quién sabe qué era, pero si brilla, debe valer algo, mejor déjame y llévate el resto y tráeme suficientes créditos para, no sé, reconstruir el imperio.

Krieg suspiró, tomó las reliquias y salió a cumplir su misión.

Con Krieg fuera, Zero sintió que era un buen momento para dedicarse a su pasatiempo favorito: coquetear con Mina como si el mundo no estuviera colapsando a su alrededor.

Mina entró en el salón con su característico aire de indiferencia glamurosa, su cabello rubio recogido en un moño alto, sus gafas con pantallas de datos proyectando imágenes en technicolor, y su atuendo una combinación perfecta entre artista incomprendida y estrella de rock ochentera que acaba de salir de una rave postapocalíptica.

Zero la recibió con los brazos abiertos.

—Mina, querida, musa de mis desvaríos, inspiración de mis sueños más locos...

—Zero, ¿qué quieres ahora?

—Quiero prometerte un futuro brillante, mi amor. Quiero que diseñes una estatua juntos, haz primero una pintura tranquila. Pinta un paraíso donde todos sean felices, la música nunca pare y los colores sean más vibrantes que en un anuncio de hologramas.

Mina, acostumbrada a las promesas sin sentido de Zero, sonrió con ironía.

—¿Y cómo piensas lograr eso?

—No te preocupes, pídele lo que necesites a mi leal Doktor Hexenlicht.

Ella rió suavemente. Por más caótico que fuera, Zero tenía un encanto peligroso. Y aunque en el fondo sabía que todo lo que él decía era imposible, no pudo evitar imaginarse ese mundo por un instante.

—Zero, eres un idiota encantador.

—Pero soy TU idiota encantador, mi amor.

Ella sonrió, a punto de responder... pero en ese momento, la puerta del salón se abrió de golpe.

Von Richter entró como una tormenta en un bazar. Su abrigo largo se agitaba con dramatismo, su monóculo digital parpadeaba con datos en rojo, y su rostro era el de un hombre que había agotado por completo su paciencia.

—Zero —gruñó, con la voz de alguien que ha tomado demasiados cafés y ha dormido demasiado poco—. Se acabó el tiempo.

Zero y Mina se quedaron congelados.

—¿Tiempo para qué? —preguntó Zero con una risita nerviosa.

Von Richter sacó una pistola de aspecto antiguo pero peligrosamente funcional. Zero se puso pálido.

—¡¡A mí?! —gritó, llevándose una mano dramáticamente al pecho—. ¡¿Me vas a matar?! ¡Después de todo lo que hemos vivido juntos!

—Cállate, Zero. No soy un asesino. Vamos a hacer algo más... justo.

Von Richter sacó un pequeño revólver, abrió el tambor y colocó una única bala dentro.

—Uno de nosotros dos debe gobernar. Pero el destino debe decidir. Nos turnaremos en apretar el gatillo contra nuestras propias cabezas hasta que la bala se dispare. Quien sobreviva, es el Emperador.

Silencio.

Zero y Mina lo miraron como si acabara de sugerir que solucionaran la crisis económica sacrificando un panda gigante en la plaza central.

—No sea loco... —dijo Zero— ¿Y si lo decidimos con una moneda?

—Es eso o te disparo, lanzare una moneda para decidir quién comienza.

—¡No! No me gusta los juegos al azar—responde Zero con desprecio.

—¡Para eso, prefiero dispararme primero!

Von Richter sonrió.

—Adelante.

Zero tomó el revólver con manos temblorosas. Miró a Mina, que lo miraba con terror.

—Si muero... que mi estatua sea aún más grande —susurró, con una última sonrisa confiada.

Cerró los ojos.

Disparó.

CLICK.

Nada.

Zero soltó una carcajada de alivio y le pasó el arma a Von Richter.

Von Richter no dudó ni un segundo. Apuntó a su cabeza y apretó el gatillo.

CLICK.

Zero tragó saliva.

Volvió a tomar el arma.

CLICK.

El suspenso aumentaba con cada disparo vacío. Mina se mordía las uñas, Zero sudaba como nunca, pero ahora alegre presionaba a Von Richter, que simplemente esperaba con estoicismo.

Cuarta ronda.

Von Richter disparó.

CLICK.

Ahora todo dependía del último disparo.

Zero sabía lo que eso significaba. Tomó aire, temblando. Miró a Mina, luego a Von Richter.

—Dile a todos... que fui increíble...

Apretó el gatillo.

CLICK.

Silencio absoluto.

Zero abrió un ojo. Luego el otro.

—¿...Qué?

Von Richter sonrió, guardando el arma.

—No había ninguna bala.

Mina y Zero lo miraron con incredulidad.

—¿Pero qué demonios?! —gritó Zero— ¡¿Casi me da un infarto por nada?!

Von Richter puso una mano en su hombro y lo miró con solemnidad.

—Solo quería ver si eras valiente. El Imperio necesita un líder con agallas. Hoy, me has demostrado que eres el hombre indicado.

Zero parpadeó.

—¿O sea que todo esto fue una prueba?!

—Sí.

—¿Y si me hubiera negado a jugar?

—Te habría matado.

Zero tragó saliva.

—Bien jugado, señor... bien jugado.

Von Richter asintió, se dio media vuelta y salió del salón.

—Me voy a la guerra contra la Confederatio. Mantén este desastre a flote hasta que vuelva.

Cuando la puerta se cerró, Mina suspiró y se dejó caer en una silla.

—Zero... me dio mucho miedo.

Zero tomó su copa, bebió todo de un trago y sonrió.

—Mina, cariño... primero muerto a que me saquen de emperador.

Zero se dejó caer en su trono con el mismo dramatismo con el que un actor secundario finge su propia muerte en una obra de teatro barata.

—¡Por los circuitos de San Tesla! ¡Qué día más agotador! —exclamó, llevándose una mano a la frente como si fuera una princesa en apuros.

Mina, que todavía estaba recuperándose del shock de la "prueba de valentía", lo miró con una mezcla de exasperación y ternura.

—Zero, casi mueres.

—Sí, pero casi no cuenta, ¿verdad? —sonrió, con esa sonrisa de idiota encantador que lograba que la gente quisiera tanto besarlos como estrangularlos.

Ella suspiró, sacudió la cabeza y salió del salón.

—¡Vuelve pronto, mi musa! —gritó Zero detrás de ella, antes de dejar caer la cabeza contra el respaldo de su trono.

Zero se quedó solo.

El salón se apagó como una mentira que ya no puede sostenerse. Y ahí estaba él, sentado en su trono de hierro reciclado y secretos acumulados. No como un rey cansado... sino como un hijo de puta que sabe que no puede detenerse.

Se inclinó hacia adelante, los codos en las rodillas, los ojos clavados en el piso con una expresión dura, serena. No era derrota. Era cálculo.

—Claro que no fue suerte.

Su voz se perdió en el eco metálico del salón.

—Suerte es cuando sobrevives sin saber por qué. Yo... yo hice lo que tenía que hacer. Me arriesgué cuando nadie quería mover un dedo. ¿Y ahora me reclaman su suerte?

Se rió, corto, amargo, pero con cierto orgullo.

—Cada decisión mía ha sido una moneda lanzada al aire. Pero yo sabía lo que había del otro lado. Nadie tiene los huevos de apostar como yo lo hice. Nadie.

Se levantó, lento pero firme, como si le doliera menos el cuerpo que el pasado. Caminó hacia el ventanal, donde el cielo rojo le devolvía la mirada. No era un paisaje bonito. Pero era suyo.

—Este mundo está roto, sí. Y yo también. Pero con eso basta para entendernos. Yo no vine a salvarlo. Vine a no rendirme. ¿Y sabes qué? A veces, eso es lo más parecido a un milagro.

Apoyó una mano contra el vidrio, las venas marcadas como rutas de guerra.

—Hay gente allá afuera que todavía cree. Que espera. Que me sigue no porque soy el emperador, sino porque soy el único que no bajó los brazos. Y eso pesa más que cualquier corona.

Se giró, los ojos encendidos con esa locura lúcida que solo los que han vivido demasiado pueden tener.

—Yo no soy joven. No soy nuevo en esta mierda. Tengo más entradas en mi frente que planes. Pero también tengo algo que ellos no tienen... urgencia. Yo ya no tengo tiempo para soñar. Solo tengo tiempo para ganar. Para dejar algo que valga la pena. Aunque me cueste cada segundo que me queda.

Volvió al trono. No se dejó caer, se sentó como quien toma el control de una nave vieja pero poderosa. Colocó las manos en los apoyabrazos. Cerró los ojos un segundo. Respiró hondo.

—Mañana vuelvo a levantar el puto circo. Y cuando lo haga, lo haré con más huevos que los que me cuestionan desde las sombras.

Abrió los ojos.

—No vine a hacer historia. Vine a sobrevivir. A mi manera. Y si eso me convierte en un monstruo... que me teman con razón.

Una luz tenue se encendió detrás del trono, activada por sensores. Zero ni se inmutó.

—Sí. Que venga el próximo día. Ya estoy listo para pelear con él.

Capítulo 5: El Deseo del Emperador

Era una nueva mañana. No de esas que traen esperanza ni alivio, no. Era una de esas que huelen a hierro oxidado, a cuerpos que no se han lavado en semanas y a un futuro que, como el pan en este imperio maldito, escaseaba. El sol se alzaba con una arrogancia de estrella enloquecida, tiñendo el cielo de un púrpura gastado, como si tratara de maquillar la podredumbre del mundo con una capa de cosméticos baratos.

Zero, emperador de nombre y capricho, estaba de pie. Como una estatua que se niega a derrumbarse, aunque por dentro sienta el crujido lento del mármol podrido. Frente a él, los ventanales que daban al horizonte más miserable del continente. La ciudad entera se abría como una herida cauterizada con gasolina: humeante, viva, dolorosamente suya.

Fue entonces que entró el Doktor Hexenlicht. Su bata aún tenía las quemaduras del último experimento fallido —o exitoso, quién sabe— y en sus ojos brillaba esa devoción sucia, casi lujuriosa, por Zero. Caminaba como si la gravedad no fuera suficiente para retener su ego.

—Mein Kaiser —dijo con esa reverencia que rozaba lo teatral—. Hoy el cielo brilla por usted... y por supuesto, por su eterno reinado.

Zero lo miró con una sonrisa de medio lado, de esas que uno lanza cuando se sabe Dios en un mundo lleno de cucarachas.

—¿Y ahora qué traes entre manos, Hexenlicht? ¿Alguna cura para la estupidez de mis consejeros?

—¡Bah! —el Doktor agitó la mano con desprecio— No les haga caso, Majestad. Todos esos perros muertos de hambre que lo rodean... no valen ni su sombra. Usted tiene lo que ellos nunca tendrán: *visión*.

Zero se dejó caer en su trono, acariciando el apoyabrazos con un dedo distraído.

—A veces me pregunto si tienen razón... si realmente el trono se me está escurriendo entre los dedos.

—¡Nein! ¡Nein, mein Kaiser! —Hexenlicht se acercó más, con fervor enfermo— ¡Usted no sigue el orden, usted lo impone! ¡Que el hambre, que las amenazas, que la Confederatio... paparruchas! Usted está por encima. ¡No se doblegue jamás! ¡Haga lo que deba hacer! ¡Lo que *quiera* hacer!

Zero lo observó con detenimiento. Había sinceridad en su servilismo.

—Eres un perro útil, Hexenlicht —dijo sin más, con una sonrisa amarga.

—Un perro, sí... —susurró el Doktor, bajando la mirada—. Pero un perro que muerde a quien se le ordene, Majestad. Solo diga cuándo.

Zero no respondió. Su mirada vagó de nuevo, cayendo en la montaña de tesoros imperiales que Krieg aún no había terminado de traficar por ese cabrón oportunista de Krieg, Zero dejó

que su mirada vagara sin entusiasmo. Había oro, sí. Piedras preciosas, armas de siglos, aparatos que ya nadie sabía usar y, entre todo ese lujo oxidado por el tiempo y la desidia, una lámpara. Una simple lámpara de bronce, sucia, vieja, casi ofendida por estar en tal compañía.

Zero la tomó con esos dedos huesudos y aún ágiles que lo habían llevado de las cloacas al palacio. La giró entre sus manos, frunciendo el ceño con desprecio y curiosidad.

—Seguro es solo un adorno... —murmuró, más para sí mismo que para el mundo.

Y, como el niño terrible que aún vivía en el fondo de su pecho lleno de cicatrices, la frotó. Porque, ¿quién carajos resiste el impulso de frotar una lámpara extraña, eh?

El universo, por supuesto, respondió con dramatismo: un destello cegador, una explosión de humo púrpura con aroma a cigarrillo barato, aceite de motor, sudor de gimnasio viejo y perfume de ramera pasada de moda.

Y entonces apareció él. No un genio imponente, no. Sino un enano azul, regordete, con collares de perlas falsas, un pantalón de cuero pegado a sus piernas cortas y una paciencia que se consumía con el fastidio de quien ha sido llamado mil veces y nunca para algo digno.

—Guten Tag —escupió con desdén alemán—. Soy el genio de los tres deseos— gruñó el genio, sacudiéndose el polvo de su ropa como si acabara de ser despertado de una siesta de tres siglos.

Zero parpadeó. El aire olía ahora a cabaret cerrado.

—¿Tú eres un genio?

—No, soy el ángel de la navidad. Claro que soy un genio, idiota.

La risa de Zero brotó como una hemorragia incontenible. Se dobló, golpeando su trono con carcajadas.

—¡JAJAJA! ¡Que monito que eres, no?! ¡Y tus deseos se cumplen completos o a medias! Por las baterías de la Virgen de los Circuitos... ¿Quién metió su pantalón con tu lámpara a la máquina de lavado y secado, que te encogiste así?!

El genio no se inmutó. Cruzó los brazos. Resopló una risa de fastidio. Esperó.

—Muy bien. Ya te reíste. Ahora dime qué carajo quieres.

Zero se limpió una lágrima de la risa y se acomodó en su trono con aire de superioridad.

—Bueno, como sabio y honorable emperador que soy...

—Sí, claro.

—...debo considerar con sumo cuidado mis deseos. Últimamente hay gente fuera del palacio que quieren mi trono.

—Claro, claro.

—Y por eso... quiero que desaparezca toda la gente que me odia.

Hubo un instante de silencio.

Luego, el genio chasqueó los dedos con aburrimiento.

PLOP.

Doktor Hexenlicht, que justo entraba con la intención de ofrecerle otra alabanza al Emperador, simplemente desapareció en el aire con un sonidito de burbuja explotando.

Zero parpadeó.

—¿Eh?

Miró a su alrededor. Luego miró donde estaba Doktor Hexenlicht. Luego miró al genio.

—¿Qué pasó?

—¿Qué crees, genio? Desaparecí a alguien que te odiaba.

—¡Pero... Hexenlicht me adoraba! ¡Siempre me alababa como si yo fuera el salvador de la humanidad!

El genio se encogió de hombros.

—Sí, pero eso no significa que en el fondo no te odiara también.

Zero abrió la boca para protestar... pero se quedó en silencio.

La bruma púrpura aún danzaba perezosa en el aire, esparciendo ese olor dulzón a cigarrillo barato y aceite viejo. El genio flotaba sobre su nube como un sapo satisfecho, mientras Zero, emperador de lo improbable, giraba lentamente la lámpara en sus manos, todavía incrédulo por lo que acababa de pasar.

El silencio era denso.

Hasta que, de pronto, las puertas del salón se abrieron de golpe, chocando contra las paredes como un trueno. Katja entró sin pedir permiso, su figura erguida como una lanza, su mirada como cuchillas. Su ropa deportiva resplandecía con un brillo rabioso bajo la luz del salón.

—¿Qué carajo está pasando aquí? —espetó sin rodeos, su voz rebotando en los muros como látigos—. ¿Por qué hay personal desaparecido? ¡La jefa de cocina no está! ¡Los médicos! ¡Incluso el imbécil que peinaba tus capas con vinagre de rosas!

Zero bajó lentamente la lámpara, como un niño que había roto algo demasiado valioso para confesarlo.

—Eso... podría tener una explicación... mágica —murmuró con una sonrisa torcida, sabiendo que no bastaría.

Katja se acercó, cada paso suyo resonaba como una sentencia.

—No me jodas. ¿Qué hiciste, Zero?

El genio carraspeó, inflando el pecho como un actor a punto de soltar su gran línea.

—Ay, amor... —dijo con voz empalagosa—, tu emperadorcito pidió que desapareciera toda la gente que lo odiara. Así, sin anestesia. ¡Y puf... uno por uno! ¡Mira qué eficiencia!

La cara de Katja palideció un segundo. Luego ardió.

—¿Estás completamente demente? ¿Pedirle eso a un genio sin pensar en consecuencias? ¿Y si hay más? ¿Y si desaparece alguien que solo te dijo la verdad? ¿Alguien que te ama, pero que no te idolatra como un dios de feria?

—¡Yo pensé que solo se irían los traidores! ¡Los hipócritas! ¡Los que me desean la muerte! —se defendió Zero, levantando la voz, ya sintiendo que perdía terreno.

—No sabes lo que es ser odiado, Zero. —Su voz ahora era un cuchillo bajo el mentón—. No sabes distinguir entre una herida honesta y una puñalada. ¡Estás tan metido en tu corona, que no ves la diferencia entre una crítica y una traición!

Zero bajó la mirada un instante. Solo un instante.

El silencio entre ellos fue largo, sostenido por el humo que aún flotaba en el salón como un recuerdo de lo imposible. Zero se levantó del trono con esa teatralidad que le era tan propia, caminando hacia Katja con una sonrisa torcida y los ojos entornados como si el mundo entero girara a su ritmo.

—Escúchame, Katja... —dijo, con voz grave, sedosa—. Te prometí algo, ¿lo recuerdas? Un viaje. No una escapatoria, no... un recorrido imperial. Quiero llevarte a los confines del Imperio, mostrarte que, a pesar de todo, aún quedan lugares donde el aire no apesta a desesperanza.

Katja entrecerró los ojos. No respondió.

—Y cuando volvamos, construiré un monumento —continuó él, dando un paso más cerca, sus dedos apenas rozando su mejilla—. Uno tan grande que las tormentas no lo desgasten. Seremos eternos, tú y yo. Como una leyenda esculpida en titanio.

Ella dejó escapar el aire con un suspiro seco. No se apartó. Pero su voz, cuando habló, no tembló.

—No necesito una estatua, Zero. Quiero que escuches al pueblo. La gente está molesta. Hay miedo en los pasillos, ¿lo entiendes? Piensan que vas a hacerlos desaparecer con solo un mal gesto.

Zero parpadeó, como si algo invisible le hubiese golpeado el orgullo. Su mandíbula se tensó, pero no respondió de inmediato. Sus ojos recorrieron la sala, la lámpara, al genio... y luego volvió a ella. Con el ceño fruncido, se volvió hacia la nube flotante.

—Genio... —dijo, con voz baja, afilada—. Hazlo.

—¿Haz qué? —respondió el genio, bostezando como si llevara siglos esperando.

—Mi segundo deseo. Quiero un doble. Uno que me reemplace cuando no pueda estar en todos lados. Uno que hable con la gente, los escuche, que calme al Imperio... mientras yo me concentro en lo importante.

El genio sonrió como un vendedor que acababa de cerrar una venta muy riesgosa.

—Un doble... Qué interesante. Lo quieres idéntico, ¿verdad? Físicamente, emocionalmente, con tu chispa de arrogancia y todo ese encanto... repulsivo.

Zero asintió sin una pizca de humor.

Con un chasquido, una ráfaga de luz invadió el salón. El aire se tornó espeso, eléctrico. Y allí, de pie entre los vapores verdosos, estaba... él. O algo que lo era.

El doble abrió los ojos y sonrió.

—Qué interesante es estar vivo —dijo con voz idéntica, aunque más medida, más pulida.

Katja se giró lentamente hacia él. Lo observó. Y sus cejas se alzaron con una mezcla de sorpresa y desconfianza.

—Zero... —susurró.

—Soy yo, pero con menos carga —dijo el verdadero, cruzándose de brazos, intentando parecer más tranquilo de lo que realmente estaba—. Él hablará con la gente. Él sonreirá a los niños, él escuchará a los rebeldes... y dirá lo que quieran oír.

El doble se acercó a Katja y, sin pedir permiso, tomó su mano.

—Tú eres Katja. He leído todo sobre ti —dijo, besando su palma con elegancia medida—. Eres importante para el Imperio... y para mí.

Zero frunció el ceño.

Katja, desconcertada, recuperó su mano con lentitud.

—Eso fue raro —dijo sin tapujos.

—Eso fue educado —respondió el doble con una reverencia teatral—. Algo que el original a veces olvida.

Zero resopló.

—¡Te programé para obedecer, no para burlarte de mí!

—No soy un robot, Zero. Soy tú. Y tú, por más que intentes esconderlo... también tienes dudas. También necesitas ayuda.

El verdadero Zero se quedó quieto. Pensativo.

Katja, entre los dos, levantó la vista al genio.

—¿Esto va a funcionar?

El genio sonrió con los dientes amarillos como monedas oxidadas.

—Depende de qué parte de él te guste más.

Y con eso, desapareció en una explosión de humo.

Zero observó a su doble, que ya caminaba hacia el corredor del ala este con paso decidido, saludando a los guardias, sonriendo con naturalidad. Como si siempre hubiese estado allí.

Katja lo miró. Al verdadero.

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Lo sabré —dijo él, aunque sus palabras no llevaban la seguridad de antes —¡Vas a tener que dejar de mirarlo! —gritó.

Y entonces, en el fondo de su mente, una pequeña voz —idéntica a la suya— susurró:

"¿Y si me reemplaza del todo...?"

Sabía que debía gobernar. Que debía luchar. Pero el verdadero enemigo, el más oscuro, más que la Confederatio, más que la traición, más que la peste...

Era él mismo.

Y por primera vez en años, Zero tuvo miedo de sí mismo.

Capítulo 6: Reflejo Roto

En el calendario imperial de Zero, que consistía básicamente en un reloj roto, una taza de café rancia y una hoja amarilla con garabatos, habían pasado varios días desde el deseo que cambió todo. No era fácil medir el tiempo en un mundo postapocalíptico con lluvias de chatarra radiactiva y anuncios de neón que te vendían oxígeno en lata. Pero algo había cambiado: el emperador estaba triste, pasaba sus horas tumbado en su trono oxidado. Terriblemente, escandalosamente, melodramáticamente triste.

Había perdido a Mina.

—¡La muy maldita me odiaba en el fondo! —gritaba en su trono de circuitos oxidados, aplastando su desayuno (un bol de cereales flotantes con sabor a cobre) con un puñetazo digno de telenovela.

El Palacio de Titanio, una monstruosidad arquitectónica de estilo brutalismo ochentero mezclado con pistas de baile disco y terminales CRT que escupían humo cada cinco minutos, vibraba con los ecos de su berrinche.

Mientras tanto, en los pasillos de luces intermitentes y hologramas fallidos, Katja comenzaba a enamorarse del doble de Zero. Porque claro, ¿quién podría resistirse a una versión de tu amado que no eructa mientras ordena ejecuciones públicas?

El doble, a quien algunos en la corte llamaban "Zero-Plus", era refinado, atento y tenía una voz ligeramente autotuneada que volvía loco a todo el mundo. Katja, vestida con su clásico conjunto de neón y botas antigravitatorias, pasaba horas hablando con él sobre los viejos tiempos, sobre cómo el Imperio podía cambiar, sobre el amor.

Zero, desde su trono, los espiaba con los celos más absurdos de la historia de la humanidad.

—Me están engañando... ¡conmigo mismo! ¡¡¡ES ILÓGICO!!!—

Pero la tragicomedia estaba por escalar a niveles griegos con sintetizadores.

Una noche, mientras en los barrios bajos se hablaba de fantasmas, familiares desaparecidos y un emperador que jugaba con realidades, un grupo de encapuchados —asesinos al estilo de los viejos videojuegos de consola de cartucho— penetró la seguridad palaciega. Vestidos con trajes de cuero reflectante y cascos de calaveras de neón irrumpió en el Salón de las Ofrendas (también conocido como la discoteca del palacio), con cuchillos de plasma, rifles de aguijón y granadas que olían a goma quemada, entraron gritando nombres y maldiciones.

La confusión fue absoluta. Laser por aquí, gritos por allá, y Babyface — con voz chillona—gritando:

—¡Llamen a seguridad!

Querían justicia. Querían venganza. Querían a Zero...

Pero mataron al doble.

Pensaron que él era el verdadero Zero. Lo rodearon, le dieron un discurso sobre justicia popular y malas decisiones imperiales, y antes de que pudiera decir "Yo sólo soy la versión mejorada", lo ejecutaron.

Un disparo láser entre los ojos, seguido de una lluvia de cuchillas lanzadas por drones que llevaban tatuadas palabras como "libertad", "mamá" y "nunca más". El clon cayó al suelo como un ángel defectuoso. Su cuerpo chisporroteó, liberando una pequeña nube de ozono y perfume barato. Krieg llegó tarde. Muy tarde. Los asesinos ya se habían esfumado. Babyface gritaba escondido tras una maceta parlante:

—¡ME ROMPIERON EL DRAMA!

Katja, al verlo muerto, se desmoronó como un archivo corrupto. Se tiró sobre el cuerpo inerte, besándolo, llorando, gritando cosas como:

—¡Era mejor que tú, Zero! ¡Él me escuchaba!

Zero, que observaba todo con una mezcla de fastidio y celos empapados de orgullo herido, dijo con voz baja:

—Yo también tengo orejas...

Katja lo ignoró. Luego, lo miró con rabia, con esa furia que hace de las pupilas dagas.

—¡Te odio!

Y se fue. De verdad. De una vez. Abandonó el palacio entre luces de neón y pasillos de hologramas descompuestos.

Zero, fingiendo estar devastado, hizo lo que cualquier líder emocionalmente descompensado haría: convocó a Krieg.

—¿Qué carajos haces como jefe de seguridad si me matan el clon y vos estás bailando con una sexbot de protocolo?!—

Krieg, sin alterarse, llegó oliendo a metal caliente, cubierto con su habitual armadura de cuero blindado estilo samurái disco. Y después de excusarse, sacó una caja:

—Aquí está el dinero de la venta de los tesoros en el mercado negro.

Zero lo miró, sonrió como un niño que acaba de recordar que tiene un juguete escondido. Tomó el fajo de billetes digitales, lo dobló... y lo empezó a romper.

El Consejo de lo que quedaba de sabios gritó al unísono. Babyface se tapó los ojos.

—¡Nooooo!

Pero Zero reía. Loco. Suelto. Poderoso.

—¡Ya no los necesitamos! Tenemos la lámpara...

El Consejo no lo podía detener. Babyface quería juntar los restos.

—¡ES DINERO, IDIOTA!

Pero Zero termino de hacerlos trizas.

—¡Ya! ¡En este momento voy a hacer mi último deseo y resolveré todo!

Y en ese momento el aire olía a cables quemados y perfume barato. El sol agonizaba en tonos anaranjados detrás de las torres oxidadas del palacio, proyectando sombras largas como lamentos sobre los mosaicos de neón gastado. La sala del trono se torno vacía, silenciosa... casi.

Zero nubló su mente, llena de traiciones, de voces que ya no estaban... de Katja y sus lágrimas por un pedazo de carne clonada... y de Mina... su dulce Mina, borrada del mundo por un deseo mal pronunciado.

Y entonces... lo sintió.

Un cambio.

Un susurro eléctrico en el aire.

Una vibración minúscula en la frecuencia emocional de su palacio.

Sus ojos se alzaron, lentamente... muy lentamente. Primero, sólo un hombro apareció en su campo visual. Un hombro elegante, cubierto por un abrigo de vinilo negro con hombreras demasiado grandes para ser discretas, decoradas con botones de oro con la forma del planeta tierra—una ironía para un hombre que no podía ni salir del sistema solar sin perder la dirección.

Luego, una mano. Larga. Delgada. Con guantes blancos de látex que llevaban escrita una sola palabra con marcador permanente: "Diplomacia".

El corazón de Zero dio un salto.

No.

No podía ser.

No podía ser él.

No después de tanto tiempo.

Una silueta se giró. La figura se detuvo.

Y entonces... los ojos.

Oh, los ojos. Esos ojos de ratón nervioso, tan azules que parecían renderizados por error, clavados en los de Zero como si el universo les hubiera dicho: "Prepárense. Es el momento".

Zero contuvo el aliento. Sus dedos comenzaron a temblar.

—No puede ser... —susurró.

El hombre se giró del todo.

La luz de un letrero de "SILENCIO ABSOLUTO" se reflejó en sus lentes redondos.

Sus labios se abrieron apenas, como si fueran a decir algo importante, trascendental...

Y entonces, Zero sonrió.

No de alegría. No de sorpresa.

Sino de puro, exquisito, enfermizo alivio.

—Drexler... —habló entre los dientes como quien encuentra una joya perdida entre las ruinas del mundo.

Drexler tragó saliva.

Intentó hablar.

Pero el Emperador ya estaba caminando hacia él, con los brazos extendidos como un amante en una ópera trágica... o como un asesino viendo una piñata con forma humana.

—¡Mi dulce, bendito, estresante Drexler! —canturreó Zero, con voz melosa y perversa—. ¿Dónde está mi informe para ser líder planetario?

Drexler se quedó de pie. Inmóvil. Como un venado atrapado en la luz de un tren de guerra.

Y en el fondo de la sala, Babyface, testigo eterno de lo absurdo, soltó un suspiro largo, resignado, y anotó en su bitácora de locuras imperiales: "Día 298 sin paz. Drexler está jodido otra vez".

—Mi emperador, sobre la misión planetaria...

Zero lo ahorcó.

No mucho, solo un poco. Lo suficiente como para desestresarse.

—No me gusta tu tono.

—Pero... si sólo...

Zero le apretó un poco más.

Y entonces la puerta explotó. No figurativamente. Literalmente. Una lluvia de chatarra y fuego entró con Von Richter, el coloso de la guerra, con el uniforme manchado de sangre y lodo nuclear.

—¡ZERO! ¡BASTARDO! ¡ME ARRUINASTE LA GUERRA!

Zero retrocedió. Von Richter se abalanzó sobre él con una espada de luz roja y una expresión de genocidio.

Zero gritó:

—¡GENIO, SÁLVAME LA VIDA!

Y el genio apareció, con su cigarro, su panza azul y cara de "ya me tenés podrido". Chasqueó los dedos.

Von Richter fue arrestado en ese instante por "traición imperial". Una docena de androides de protocolo lo arrastraron con violencia burocrática, mientras el gritaba que por su deseo tonto perdió media tropa justo cuando estaba avanzando contra la Confederatio.

Zero, jadeando, miró la lámpara.

—¡Tres deseos! Y sólo me queda esta mier...

Pero el genio ya se había ido. La lámpara estaba fría. Muda.

Y el Imperio comenzaba a resquebrajarse.

Zero, solo en su trono quebrado, rodeado de hologramas apagados y columnas de neón que parpadean como cadáveres eléctricos, observa la lámpara vacía. El genio ha desaparecido. Mina, Katja, su doble... todos se han ido. El imperio se desmorona lentamente.

Y ahí, entre el eco de su propio ego, Zero comprende:

Los deseos no construyen. Solo maquillan el vacío.

Había pedido amor, obediencia, gloria... sin nunca darse amor, obediencia ni gloria a sí mismo.

Ahora está arrodillado frente al trono, acariciando la lámpara como si pudiera devolverle lo que perdió, susurrando:

—No deseaba lo que quería. Ni quería lo que deseaba.

Pues "Los deseos sin sabiduría son trampas disfrazadas de milagros."
Y el silencio, esa última amante fiel, lo abrazó por fin.

Capítulo 7: El Aroma de la Restauración

El retrato de Mina seguía allí.

Colgado en el salón privado como una burla inmóvil a todo lo que Zero había destruido. No era una imagen de poder ni de gloria. Era un susurro de lo que nunca fue: un Zero humano, sin corona, sin muecas de emperador, con una flor en el pecho y los ojos cerrados como quien se deja querer.

Zero lo miraba en silencio.

No había música, ni luces, ni siervos, solo él y ese pincelazo maldito que lo retrataba como un hombre digno de amor.

Una mentira.

Una obra maestra.

Una maldita trampa del alma.

—Mina... si hubiera sabido que ese deseo también te borraría a ti...



Y lo peor: no estaba seguro si ella lo amaba, lo odiaba... o simplemente le tuvo lástima.

"Si algún día dejo de estar, no me busques. Solo mejora."

Eso le había dicho ella una vez, entre besos que nunca llegaron a cama, entre caricias que se detenían justo antes del incendio.

Ahora esa frase, estúpida y dulce, lo golpeaba como una maldición escrita en voz baja.

Y se resignó pensando que del amor al odio o viceversa es una brecha muy corta.

Y entonces sonó el zumbido.

La puerta del salón imperial lo llamaba.

Había órdenes que dar, imperios que sostener, mentiras que vestir con oro.

Zero se giró. Su capa ondeó con elegancia artificial.

El emperador volvía al escenario.

Pero dentro, algo ya no regresaba con él.

La atmósfera del Salón Ovalado del Consejo Supremo olía a ozono reciclado, a sudor aristocrático y a esperanza barata en spray. Las luces de neón parpadeaban con esa elegancia decadente tan propia del Imperio de Luz Reichsolis, donde hasta las paredes parecían estar esperando la ruina con ansiedad contenida. Zero, aquel emperador bañado en gloria reciclada, se sentó en su trono cromado, las botas relucientes al nivel de su ego, y la capa blanca con hombreras imposiblemente puntiagudas ondeando suavemente gracias al ventilador oculto tras su espalda.

Zero se encuentra preocupado, su corte de consejeros ya no está como antes, solo queda restos de su equipo y sus amores se marcharon, se marchitaron antes de florecer.

Es entonces que se gira a uno de sus sirvientes y su primer palabra del día fue:

—Convóquenlos.

Y llegaron, como si fueran las últimas fichas de dominó antes del colapso.

Babyface, con su infame tupé en espiral ascendente y sus lentes de espejo que ocultaban emociones tan volátiles como los precios del pan. Tenía la costumbre de hablar con la velocidad de un locutor de subastas galácticas.

—Mi Señor Zero, oh líder eterno —empezó con su habitual entusiasmo histérico—, el pueblo está en crisis... ¡el hambre los consume más rápido que los impuestos que nos inventamos el mes pasado! Pero... más que hambre, el pueblo tiene una especie de desesperación de fondo. Un rugido sordo en el estómago del alma. El dinero que Krieg recaudo podría haber salvado la situación pero... usted lo hizo trizas mientras reía en estado de éxtasis con el genio. Ya no tenemos fondos. ¡Ni para papel higiénico! Ahora solo nos quedan las deudas, la improvisación, y una mínima posibilidad de milagro termonuclear.

Zero lo observó en silencio. Luego hizo un gesto vago con su dedo meñique, que significaba "siguiente" en el lenguaje de las cortes tiránicas.

Krieg, el hombre más cuadrado del hemisferio occidental, exhaló con resignación. Llevaba su uniforme de seguridad con orgullo robótico, cada pliegue planchado como si fuera parte de un desfile perpetuo. Su voz era grave, metálica, como si hablara desde el fondo de un tanque.

Se aclaró la garganta e hizo sonar sus botas.

—Los grupos rebeldes están siendo neutralizados con eficacia, pero los calabozos ya están llenos. No podemos seguir arrestando. Los calabozos están reventando. Literalmente. Estamos al borde del colapso logístico... o una revolución alimentada por el resentimiento.

Drexler, siempre con su traje morado y corbata negra de triple nudo, habló con frialdad venenosa, con su eterno gesto de hombre que nunca terminó su taza de té.

—Mi Señor, el imperio pierde aldeas leales como pelos una peluca barata bajo la lluvia. Pero eso no es lo preocupante. La Confederatio Dominatus ha comenzado a avanzar sobre nuestro territorio. Según lo último de información de Von Richter, nuestro imperio Reichsolis estaba entrando a territorio enemigo, pero después de su deseo fue un desastre, acabaron con casi todos los que no desaparecieron y ahora están entrando a nuestro territorio, nuestras fuerzas quedaron mermadas y... arrasadas. Señor, Reichsolis está bajo invasión.

Zero meditó. Bueno, más bien frunció el ceño y apretó los labios como quien saborea un mal recuerdo. Lo miró fijo, los ojos brillando con una mezcla de furia y revelación mesiánica.

—Cuida tu tono, Drexler.

Silencio. Luego, con voz alta y solemne:

—Desde hoy, Krieg será Gran General de la Seguridad Total. Interna y Externa. ¡Todo tuyo!

—Babyface, quedarás a cargo de Economía... y Ciencia. Y maquillaje si te queda tiempo.

—Drexler, te harás cargo de las Relaciones Exteriores... y comunicación con el pueblo.

Babyface se puso de pie, sus lentes temblaban de emoción.

—¡Oh glorioso Zero, gracias! ¡Gracias por esta responsabilidad que no pedí pero ahora me asusta y excita al mismo tiempo!

Zero se levantó, su voz retumbó por el salón como una tormenta en cámara lenta.

—Babyface, ve a los apocentos antiguos y retoma el laboratorio de Hexenlicht. Pide a su ex equipo avances con nuestra fuente de poder y trabaja para restablecerlo, recupera esa fuente de poder y luego lo compartiremos con las aldeas aliadas por recursos claro. Encuentra soluciones alimenticias para nuestra gente y venderlo claro a las aldeas después.

Babyface se removió en su asiento. Sus ojos brillaban entre devoción y terror.

—Señor, puedo buscar entre los viejos planos de Hexenlicht, ver si podemos reactivar la fuente de poder. Y de paso, cultivar algo. Algo comestible, no como esos hongos que lo hacían alucinar.— Contestó.

—Drexler, inventa un nuevo impuesto a las aldeas, llámalo "Impuesto de Protección Celestial", y diles que será perdonado con su aporte de hombres al glorioso ejército del imperio de luz Reichsolis, además comparteles que en un futuro cercano les llevaremos energía poderosa. Aprovecha q piensan q me han matado a mí y que no sabían que yo tenía un doble y proclama al Pueblo del milagro que su emperador ha vuelto de la muerte, renaciendo más fuerte, con el sabiduría del más allá y que guiaré a Reichsolis hacia una era de paz... y amor, que los leales a mí, serán protegidos por mí en el más allá— continuó Zero.

—Krieg, une tus tropas con el ejército. Reduce la población del calabozo. Deja de alimentarlos. Negocia su libertad a cambio de servicio militar. Sin armas, claro. Limpieza o logística. Nada que puedan usar contra nosotros.

Drexler ya estaba tomando notas:

—Impuesto de protección. Milagro imperial. Campaña de resurrección. Entendido.

Krieg solo asentía. Estaba imaginando su poder, armando sus estrategias con sus tropas y los batallones especiales de limpieza. Prisioneros barriendo con escobas de plasma sin batería.

Zero se alzó, teatral. Alzó la voz con una mezcla de delirio y carisma:

—Hoy comienza una nueva era. El viento sopla para nosotros. El Imperio de Luz no caerá. Será como el primer sorbo de agua en el desierto. Seré el oasis. Seré la tormenta. Seré... el shampoo de sus almas.

Y todos, sin saber bien por qué, aplaudieron.

Salieron del salón con una sensación extraña. No era esperanza. Era otra cosa. Algo parecido al propósito disfrazado de locura compartida.

Zero se quedó quieto, apenas unos segundos. Lo justo para que no notaran el temblor leve en su pecho.

Pensó en Katja.

No había muerto. No se la había llevado la guerra.

Se había ido caminando. Pensando en otro. En él.

Con alguien que tenía su voz, su risa, sus promesas... pero mejor ejecutadas.

Más firme. Más valiente. Más confiable. Pero ya sin vida. Sin embargo preferiste el luto de mi otro yo que quedarte conmigo.

—Es curioso —murmuró—, perderla por ser yo... pero no el suficiente.

A veces la veía en su mente. De espaldas. Alejándose sin odio.

Eso era lo peor.

Que no lo odiaba.

Solo... se había cansado de esperar que él se convirtiera en el hombre que siempre prometía ser.

Tragó saliva. Sonrió con la comisura rota.

—Tú lo elegiste a él, Katja... y no puedo culparte.

Lo triste no es que no me hayas amado... lo triste es que me amaste demasiado tiempo.

Y así, Zero comprendía en silencio que los compañeros con los que empezó su viaje ya no estaban. Que el tiempo y la tragedia se los había llevado. Pero que a pesar del vacío, del dolor, de los errores cometidos con tres deseos y una lámpara rota, uno debía seguir avanzando.

Aunque fuese solo, aunque el mundo oliera a miedo y estiercol rancio.

Porque detenerse... era peor que fracasar.

Capítulo 8: "Perfume Barato del Poder"

La luz mortecina de un sol artificial se filtraba a través de los cristales rotos del Palacio de Neón, proyectando destellos caleidoscópicos sobre las ruinas de lo que alguna vez fue el corazón palpitante del Imperio Reichsolis. El aire tenía ese olor inconfundible a ozono, carne recalentada, perfume sintético y miedo... el tipo de mezcla que haría llorar a un perfumista y salivar a un cuervo.

Mientras las sirenas sonaban como gatos apocalípticos, las calles eran un desfile de uniformes retrofuturistas, armaduras con luces LED programables y peinados que desafiaban las leyes de la física y del buen gusto. Zero, con su capa de vinilo rojo ondeando al viento, observaba desde lo alto de una torre semiderruida cómo sus planes se materializaban en una sinfonía de caos y esperanza como partitura.

Krieg, ahora Gran General, lucía una armadura cromada tan pesada como su conciencia. Babyface, con bata de laboratorio y tiradores de neón, repasaba cálculos imposibles en una tableta que temblaba de ansiedad. Y Drexler, enfundado en una capa diplomática con logos de todas las aldeas conquistadas, bufaba como un burgués que había perdido su club de polo galáctico.

Las tropas llegaban. Una tras otra.

Desde el este, las tribus de las Dunas Eléctricas llegaban montadas en motocicletas que zumbaban como enjambres de insectos mecánicos, sus armaduras hechas de chatarra reluciente y luces de neón. Del norte, los clanes de las Montañas de Silicio descendían en exoesqueletos portando lanzas y estándares hechos de circuitos antiguos.

Del sur, las huestes de las Ciudades Sumergidas emergían con sus trajes de buceo modificados, escupiendo vapor y aceite, listos para la batalla.

Todos lanzando gritos tribales que, según los lingüistas, significaban algo entre "¡A la guerra!"

Zero sonrió. La batalla estaba servida.

Y entonces llegó la tormenta.

La Confederatio Dominatus avanzaba con paso firme como el fin mismo vestido de gala con su elegancia de entierro caro, sus pasos resonaban como latidos de un cadáver resentido, encabezada por sus cuatro jefes, figuras imponentes que parecían salidas de una pesadilla compartida:

1. Mortalia, la reina del veneno psíquico, con un vestido hecho de cables y almas comprimidas, derramando veneno emocional con solo parpadear.

2. Null, el hacker ciego que veía el futuro codificado en el viento, caminando con la arrogancia de quien ya había leído el código de la victoria.

3. Ferrox, mitad hombre mitad tanque, todo trauma que disparaba con la delicadeza de un terremoto.

4. Luxa, la traidora de las élites, que una vez fue de Reichsolis y ahora lideraba con rabia acumulada, portando los emblemas de Reichsolis como si fueran insultos personales.

Y así estalló la sinfonía del caos.

El cielo ardía. Las armas cantaban. Cada impacto tenía sabor: azufre, odio, humo de plástico quemado y el perfume perdido de la civilización. Babyface gritaba fórmulas mientras se le derretía la bata. Krieg rugía órdenes, empapado en la sangre de enemigos que aún preguntaban qué demonios pasaba. Drexler, entre dientes apretados, maldecía la diplomacia y esquivaba pedazos de drones como si fueran impuestos no declarados.

Mortalia bailaba entre los suyos, dejando un rastro de locura que hacía llorar a los propios androides. Null soltaba virus al aire, y hasta los pájaros caían. Ferrox aplastaba, Luxa disparaba nombres, memorias, traiciones.

El combate fue un ballet de metralla y traición. Las armas cantaban, las luces parpadeaban como discotecas moribundas, y la sangre pixelada se evaporaba antes de tocar el suelo.

—¡Formación tipo V invertida! ¡Cobertura de flanco izquierdo! ¡CARAJOS, ¿DÓNDE ESTÁ MI FLANCO?! —rugía Krieg, convertido en un titán cromado, más general que humano, señalando con su martillo de energía como si fuera una extensión de su ira táctica.

—¿Eso es izquierda desde tu punto de vista o el mío?! —gritó Drexler, disparando desde detrás de una estatua rota que representaba la justicia, irónicamente decapitada.

—¡Técnicamente, el flanco ha colapsado en una línea curva, diría que se trata más de un pliegue torcido! —interrumpió Babyface, con su bata en llamas y una tableta en una mano mientras con la otra lanzaba lo que parecía ser una granada que, al caer, desplegó un holograma de una flor.

—¿QUÉ DEMONIOS FUE ESO, BABYFACE?

—Una distracción emocional, Krieg. Están armados, no insensibles.

Una explosión lanzó a los tres al suelo como bolos galácticos.

Krieg se levantó primero, sacudiéndose escombros y sangre enemiga como quien se sacude caspa molesta.

—¡Drexler, mueve el culo! ¡Toma la línea del norte antes de que esos bastardos nos rodeen!

Drexler no respondió. Ya estaba en movimiento, trepando por una pared como un gato diplomado en artes violentas, lanzando cuchillas de pulso y gritando insultos en cinco idiomas oficiales.

—¡Babyface, corta el flujo de energía del lado oeste o te juro que uso tu tableta como pisapapeles!

—¡Voy! ¡Pero necesito un minuto para reconfigurar el microalgoritmo del—!

—¡TREINTA SEGUNDOS, O TE RECONFIGURO A TI!

Babyface resopló y tecleó frenéticamente, lanzando comandos que, sin saber cómo, colapsaron media estructura enemiga.

—¡¡LO HICE!! —chilló, justo antes de que una metralla le rozara el culo.

—¡MÁS TE VALE!

Drexler, desde lo alto de una torreta que ya no existía, disparaba como si estuviera en un mal día con resaca.

—¡Krieg! ¿Qué hacemos con esos tres tanques que vienen girando como ruleta rusa?

Krieg no dudó. Golpeó el suelo con su martillo. El eco retumbó como el grito de un dios ebrio.

—¡Los rodeamos con fuego, los cerramos con explosivos, y los matamos con estilo!

—¿Qué parte del “con estilo” involucra quemarme mis tirantes?! —se quejó Babyface, esquivando una llamarada con una voltereta involuntaria.

—¡Toda! —respondieron los otros dos al unísono.

Y así, entre órdenes gritadas, interrupciones científicas, disparos malhumorados y una coreografía que parecía sacada de un musical postapocalíptico, el trío sostuvo la línea.

Sin embargo, la marea de la batalla cambió cuando la Confederatio Dominatus logró penetrar las defensas y se acercó al salón del trono. Zero y su corte se preparaban para su último aliento cuando, de repente, las puertas estallaron!!

No con violencia. Con destino.

Una figura atravesó el polvo y la metralla montado sobre una criatura que parecía haber salido de un poema psicodélico: un dragón cibernético con patas de centauro, alas de acero líquido y un rugido que olía a relámpagos viejos.

El Príncipe heredero de Reichsolis, perdido hacía años en una misión de expansión en otro continente, había vuelto. Su armadura no brillaba, ardía. Su mirada no juzgaba, sentenciaba.

Zero sintió primero una vibración.

No de peligro... sino de algo majestuoso. El tipo de temblor que nace en el estómago y sube como un recuerdo que se había estado escondiendo demasiado tiempo.

La puerta explotó hacia dentro con una elegancia extraña, casi como si el universo le cediera el paso a algo inevitable. El polvo, la luz, la criatura... todo parecía orquestado con una belleza ajena al caos.

Y cuando lo vio...

El corazón de Zero se detuvo un segundo.

Era él.

Montado sobre aquella bestia de sueños imposibles, el príncipe no parecía un soldado ni un salvador, sino una maldita estatua de historia viva, esculpida para recordarle al mundo lo que alguna vez fue Reichsolis en su gloria. La armadura ardía como si el sol hubiera decidido vestirlo. Su rostro, cincelado con dureza pero sin odio, traía a la sala una dignidad que hacía a todos enderezarse... incluso al propio Zero.

Por un instante fugaz, Zero sonrió.

No por burla, no por victoria.

Por alivio.

Porque ahí estaba: el heredero, el símbolo, la figura que podía arreglar lo que él jamás logró componer.

Lo miró con una mezcla extraña de nostalgia, admiración... y una pizca de felicidad infantil que se le coló en la expresión.

Casi parecía estar viendo aquello que siempre quiso ser.

Pero el príncipe no lo miró como un hermano reencontrado.

No hubo guiño. No hubo reconocimiento.

Solo una mirada... larga... penetrante...

Que lo desvistió de toda gloria falsa.

Y entonces Zero lo supo.

No había llegado su salvación.

Había llegado su final.

El sudor, que antes era emoción, se volvió plomo en la nuca. Las palabras que pensaba gritar se atragantaron con ceniza.

Lo entendió todo, como una iluminación cruel:

Ese no era el regreso del héroe. Era la factura de sus errores.

Y venía con interés compuesto.

Su voz del Príncipe rompió el aire como un bisturí en carne tibia:

—Basta de espectáculos. He regresado a limpiar el nombre que tú, Zero, manchaste como un bufón con corona prestada.

A su lado, un ejército leal irrumpía como el eco de una historia que no había muerto. Los soldados leales avanzaba con determinación, aplastando a los invasores con precisión quirúrgica.

Y en minutos... la marea giró.

La batalla final fue una sinfonía de gritos, fuego y justicia postergada.

Cuando la bestia mordió la cabeza de Mortalia fue disuelta en su propio veneno. Null quedó atrapado en su propio código. Ferrox fue partido en dos por una lanza de plasma lanzada desde una moto tribal. Luxa cayó en silencio, sus ojos abiertos de decepción.

Y Zero...

Zero intentó hacer lo suyo.

—¡Mi pueblo! ¡He guiado esta resistencia desde las sombras! ¡Yo he trazado el plan, yo—!

Pero el silencio fue su única respuesta. El príncipe lo observó como quien observa un mueble roto que alguna vez fue caro, y la multitud, antes fervorosa, ahora lo ignoraba.

—Silencio. —el príncipe lo miró—

—No eres líder, ni mártir, ni genio. Eres el perfume barato del poder. Eres todo lo que se evapora cuando el pueblo despierta.

Zero bajó la mirada. Las palabras le pesaban más que la capa. Intentó sonreír. Nadie respondió.

—Retírenlo.

Fue llevado sin resistencia. La multitud no gritó. No lo abucheó. Simplemente lo olvidó en tiempo real.

Sin ceremonia, fue escoltado fuera del palacio.

Lo arrojaron al desierto.

La arena silbaba como una anciana enojada.

El viento ondeaba su capa ridícula como una bandera sin nación.

Mientras caminaba por las dunas ardientes, Zero reflexionaba sobre su caída. Había perdido todo, pero en su soledad encontró una verdad:

"En un mundo de águilas y serpientes, el verdadero poder no está en la fuerza ni en la astucia, sino en la capacidad de adaptarse y sobrevivir sin perderse a uno mismo."

Y así, su silueta se desvaneció en el horizonte, una figura solitaria en busca de una nueva redención.

****FIN.****